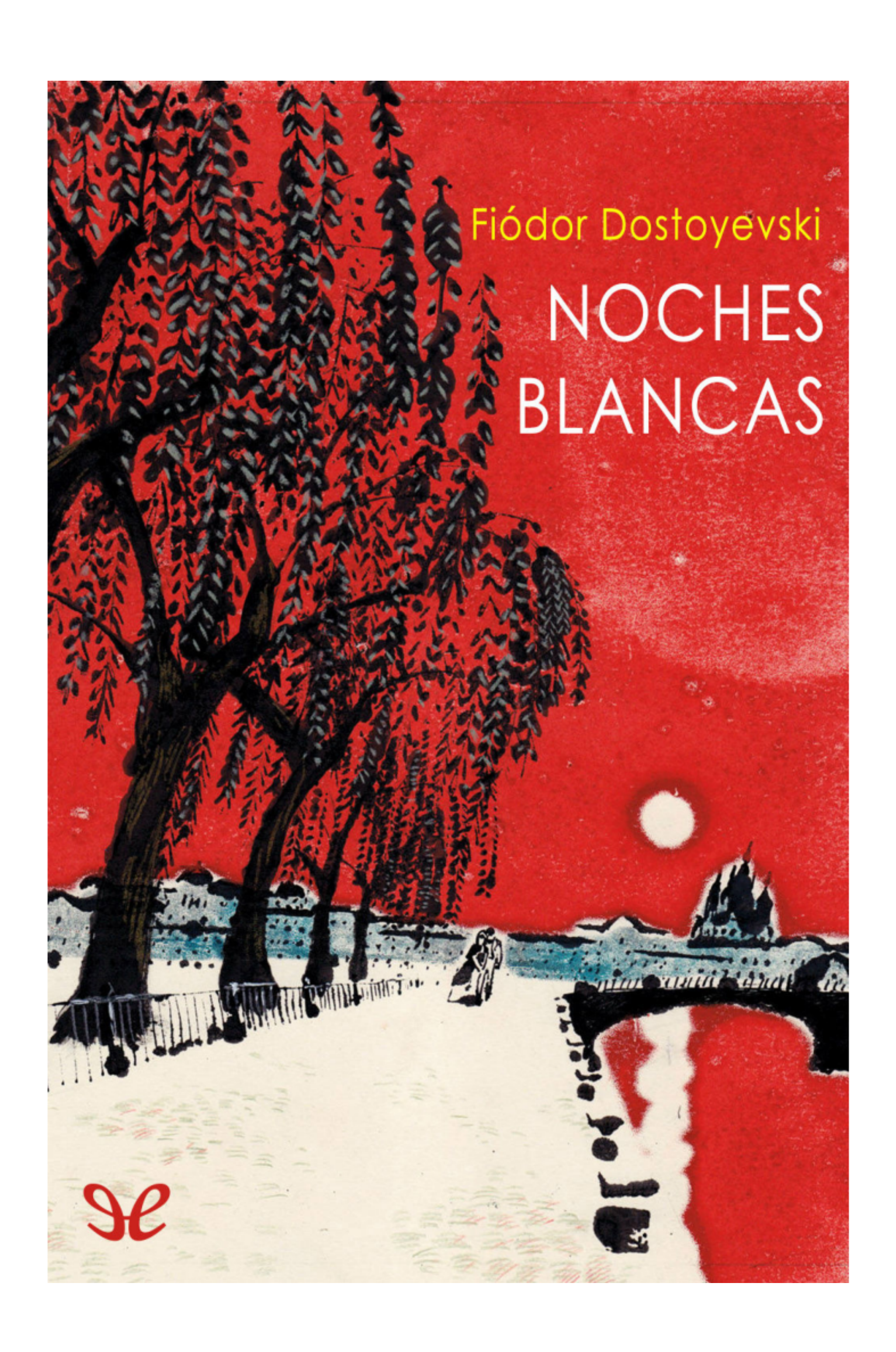

Fiódor Dostoyevski
NOCHES
BLANCAS

San Petersburgo, su luz, sus casas y sus avenidas son el escenario de esta apasionada novela. En una de esas «noches blancas» que se dan en la ciudad rusa durante la época del solsticio de verano, un joven solitario e introvertido narra cómo conoce de forma accidental a una muchacha a la orilla del canal. Tras el primer encuentro, la pareja de desconocidos se citará las tres noches siguientes, noches en las que ella, de nombre Nástenka, relatará su triste historia y en las que harán acto de presencia, de forma sutil y envolvente, las grandes pasiones que mueven al ser humano: el amor, la ilusión, la esperanza, el desamor, el desengaño.

Fiódor Dostoyevski

Noches blancas (Ilustrado)

ePub r1.5

Titivillus 30.07.2020

Título original: *Belye nochi*
Fiódor Dostoyevski, 1848
Traducción: Marta Sánchez-Nieves Fernández
Ilustraciones: Nicolai Troshinsky

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



… ¿O fue creado
para quedarse siquiera un instante
en las inmediaciones de tu
corazón?…

I. Turguénev

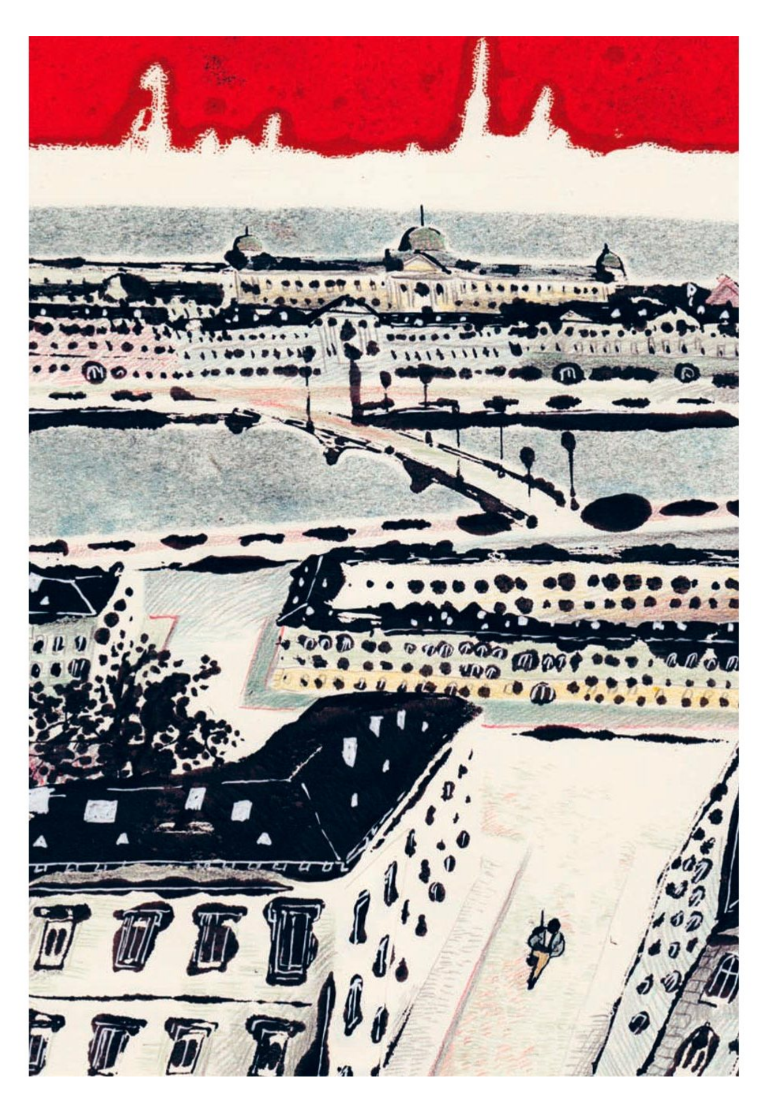


Федоръ Михайловичъ Достоевскій

Primera noche

Era una noche maravillosa, una noche de esas que puede que sólo se den cuando somos jóvenes, querido lector. El cielo estaba tan estrellado, estaba tan claro que, al mirarlo, involuntariamente uno tenía que preguntarse: ¿Será posible que bajo este cielo pueda vivir gente con todo tipo de caprichos y enfados? Esta es también una pregunta de jóvenes, querido lector, de muy jóvenes aunque, ¡ojalá el Señor la enviara más a vuestra alma! Hablando de señores caprichosos y con todo tipo de enfados, no puedo por menos que recordar mi comportamiento ejemplar de ese día. Ya por la mañana temprano me había empezado a atormentar una extraña congoja. De repente, me pareció que todos me abandonaban, a mí, que soy un solitario, y que todos me daban la espalda. Aquí, claro, cualquiera tendría derecho a preguntar: ¿Quiénes son todos? Porque llevo ocho años viviendo en San Petersburgo y no he sabido entablar ni una sola amistad. Pero ¿para qué quiero yo esa amistad? Aun sin ella, me conozco todo Petersburgo. Y por eso me pareció que todos me abandonaban cuando la ciudad entera se ponía en pie para, acto seguido, irse a la dacha. Me dio miedo quedarme solo, y tres días enteros anduve vagando apesadumbrado por la ciudad sin lograr entender qué me ocurría. Ya fuera a Nevski, ya fuera a un jardín, o incluso si paseaba por la orilla, no había ni una sola persona de las que acostumbraba a ver el resto del año en esos mismos lugares a una hora determinada. Por supuesto, ellos a mí no me conocen, pero yo a ellos sí. Y, además, bien: casi me he aprendido su fisonomía, me deleito cuando están alegres y me aflijo cuando su ánimo se nubla. Casi he trabado amistad con un viejecito

al que me encuentro en Fontanka todos los días a la misma hora. Su fisonomía es tan majestuosa, tan soñadora… Siempre va murmurando y moviendo la mano izquierda, en la derecha lleva un bastón largo y nudoso de puño dorado. Él ha reparado en mí y muestra sincero interés. Si se diera el caso de que yo no estuviera a la hora acostumbrada en Fontanka, estoy seguro de que sentiría añoranza. Y es que a veces nos falta poco para saludarnos, sobre todo cuando los dos estamos de buen humor. Hace poco, después de dos días sin habernos visto, al encontrarnos el tercero ya íbamos a llevarnos la mano al sombrero, pero afortunadamente recapacitamos a tiempo, bajamos la mano y, con simpatía, pasamos el uno junto al otro. También las casas me son conocidas. Cuando camino, todas parecen correr por la calle delante de mí, todas sus ventanas me miran y casi me hablan: «Muy buenas, ¿qué tal está? Yo bien, gracias a Dios, pero en el mes de mayo me añadirán un piso». O: «¿Qué tal está? Resulta que mañana vienen a hacerme unos arreglos». O: «Por poco no salgo ardiendo, me asusté». Entre ellas tengo favoritas, amigas íntimas; una tiene intención de que este verano le trate un arquitecto. Pasaré a propósito todos los días para que no la curen de cualquier forma, ¡protégela, Señor! Y nunca olvidaré la historia de una casita muy linda, color rosa claro. Era una casa de piedra muy bonita, me miraba tan afablemente, miraba a sus torpes vecinas con tanto orgullo que mi corazón se alegraba cuando tenía ocasión de pasar junto a ella. Y, de repente, la semana pasada voy paseando por la calle y fue mirar a mi amiga y oír un grito lastimero: «¡Van a pintarme de amarillo!». ¡Canallas! ¡Bárbaros! No se apiadaron de nada, ni de las columnas ni de las cornisas, y mi amiga amarilleció como un canario. Por poco no se me altera la bilis por este incidente y hasta hoy no he sido capaz de visitar mi desfigurada casita, a la que cubrieron con el color del Imperio del dragón.



Y ahora, lector, comprende de qué manera me conozco todo San Petersburgo.

Ya he dicho que estuve tres días atormentado por la inquietud mientras no adiviné su causa. En la calle me sentía mal —este no está, ese tampoco, ¿dónde se habrá metido el otro?—, pero en casa tampoco era yo. Dos noches estuve buscando respuestas —¿qué es lo que falta en mi rincón? ¿Por qué me molesta quedarme aquí?— y observaba perplejo las paredes verdes, enhollinadas, el techo repleto de telarañas que Matriona criaba con gran acierto, revisaba

una y otra vez todos mis muebles, examinaba cada silla: ¿no estaría aquí mi desgracia? —y es que basta con que una silla no esté como debiera, como ayer, para que yo ya no sea yo—, miraba por la ventana, y todo en vano… ¡No me sentía ni una pizca mejor! Incluso se me ocurrió llamar a Matriona y, como si fuera un padre, echarle una bronca por las telarañas y por el desaliño en general. Pero ella sólo me miró sorprendida y se marchó sin haber dicho ni palabra, así que las telarañas siguen hoy felizmente colgadas. Por fin esta mañana adiviné lo que ocurría. ¡Oh! Pero… ¡si se libran de mí para ir a la dacha! Discúlpeme por esta frase trivial, pero no estaba yo para estilos elevados…, y es que todo lo que podía existir en Petersburgo o se había trasladado a la dacha o iba de camino. Porque todo señor respetable de apariencia seria que hubiera contratado un cochero al momento se transformaba, para mí, en un respetable padre de familia que, después de sus obligaciones habituales, se encamina ligero a las entrañas de su familia, a la dacha. Porque cada transeúnte tenía ahora un aspecto completamente especial que por poco no decía a todo aquel que se encontraba: «Señores, nosotros estamos aquí de paso, dentro de dos días nos vamos a la dacha». Si se abría una ventana en la que primero tamborileaban unos dedos finos, blancos como el azúcar, y luego se asomaba la cabecita de una linda muchacha que llamaba al vendedor ambulante de tiestos y flores, enseguida me figuraba que esas flores se habían comprado porque sí, es decir, que no eran en absoluto para disfrutar de la primavera y de las flores en un piso sofocante de la ciudad, sino que muy pronto todos se irían a la dacha y se llevarían las flores. Es más, ya había hecho tales progresos en este género nuevo, especial, de descubrimientos que podía indicar a simple vista y sin equivocarme quién vivía en qué dacha. Los habitantes de las islas Kámenny y Aptékarsky y los del camino de Petergof se distinguían por su estudiada finura en las maneras, por su elegante ropa de verano y por los coches espléndidos en los que llegaban a la ciudad. Los vecinos de Párgolovo y más allá «inspiraban» desde el primer momento con su cordura y seriedad; el habitual de la isla Krestovski se distinguía por su aspecto impasiblemente alegre. Solía encontrarme una larga procesión de carreteros que marchaban perezosos, rienda en mano, junto a carros cargados de montañas de toda clase de muebles,

mesas, sillas, camas turcas y no turcas y demás bártulos domésticos, y arriba del todo, en la cumbre del carro, se aposentaba a ratos una cocinera frágil, que guardaba los bienes de los señores como a las niñas de sus ojos. Veía barcas cargadas de pesadas vajillas y cacharros de cocina que se deslizaban por el Nevá o por Fontanka hasta el río Chórnaia o hasta las islas —carros y barcas se multiplicaban por diez, por cien ante mí; parecía que todo se ponía en pie y se marchaba: formando caravanas todo se trasladaba a la dacha; parecía que todo Petersburgo amenazara con regresar al desierto, así que al final me sentí avergonzado, agraviado y triste. Definitivamente yo no tenía sitio ni razones para ir a una dacha. Estaba dispuesto a partir en cada carro, a marcharme con cada señor de apariencia respetable que hubiera contratado un cochero, pero nadie, ni uno solo me invitó, como si se hubieran olvidado de mí, como si en realidad ¡yo fuera un extraño para ellos!

Había caminado largo y tendido, así que ya me había dado tiempo a olvidarme de donde estaba, tal como acostumbraba, cuando de pronto me vi en el control de entrada a la ciudad. Al momento me sentí alegre y crucé la barrera, anduve entre campos y praderas sembradas sin prestar atención al cansancio, pero percibiendo tanto todo mi organismo que cierto peso desapareció de mi alma. Los viajeros me miraban con tanta cordialidad que por poco no les saludaba resueltamente, todos estaban contentos, todos sin excepción fumaban cigarros. Yo también estaba contento como nunca lo había estado. De repente me pareció estar en Italia —con tanta fuerza me había golpeado la naturaleza, a mí, un ciudadano medio enfermo a punto de asfixiarse dentro de los muros de la ciudad.



Hay algo indeciblemente conmovedor en la naturaleza de nuestro Petersburgo cuando llega la primavera y, de pronto, muestra todo su poder, todas las fuerzas con las que le ha agraciado el cielo, se guarnece con vegetación, se emperejila, las flores se visten de tonalidades… De alguna manera me recuerda involuntariamente a esa muchacha marchita y delicada a la que a veces mira con pena, a veces con cierto amor compasivo, otras simplemente no repara en ella, pero que en un instante y como de improviso se vuelve indecible y maravillosamente bella, y usted, atónito, sin querer se pregunta: ¿Qué fuerza ha hecho brillar con tal luz esos ojos tristes, pensativos? ¿Qué hizo subir la sangre a esas mejillas pálidas, delgadas? ¿Qué bañó con pasión esos tiernos

rasgos? ¿Por qué se hinchó ese pecho? ¿Qué despertó tan repentinamente la fuerza, la vida y la belleza en el rostro de la pobre muchacha e hizo que brillara con una sonrisa, que reviviera con una risa tan resplandeciente, chispeante? Mira a su alrededor, busca, intuye… Pero el instante pasa y quizá mañana mismo vea la misma mirada pensativa y distraída de antes, el mismo rostro pálido, la misma sumisión y timidez en los movimientos y puede que incluso arrepentimiento, incluso huellas de cierta melancolía opresiva y de enojo por la momentánea distracción… Y a usted le dará pena que esa belleza momentánea se haya marchitado tan rápida, tan irrevocablemente, que haya brillado frente a usted tan engañosa e inútilmente, le dará pena no haber tenido siquiera tiempo para quererla…

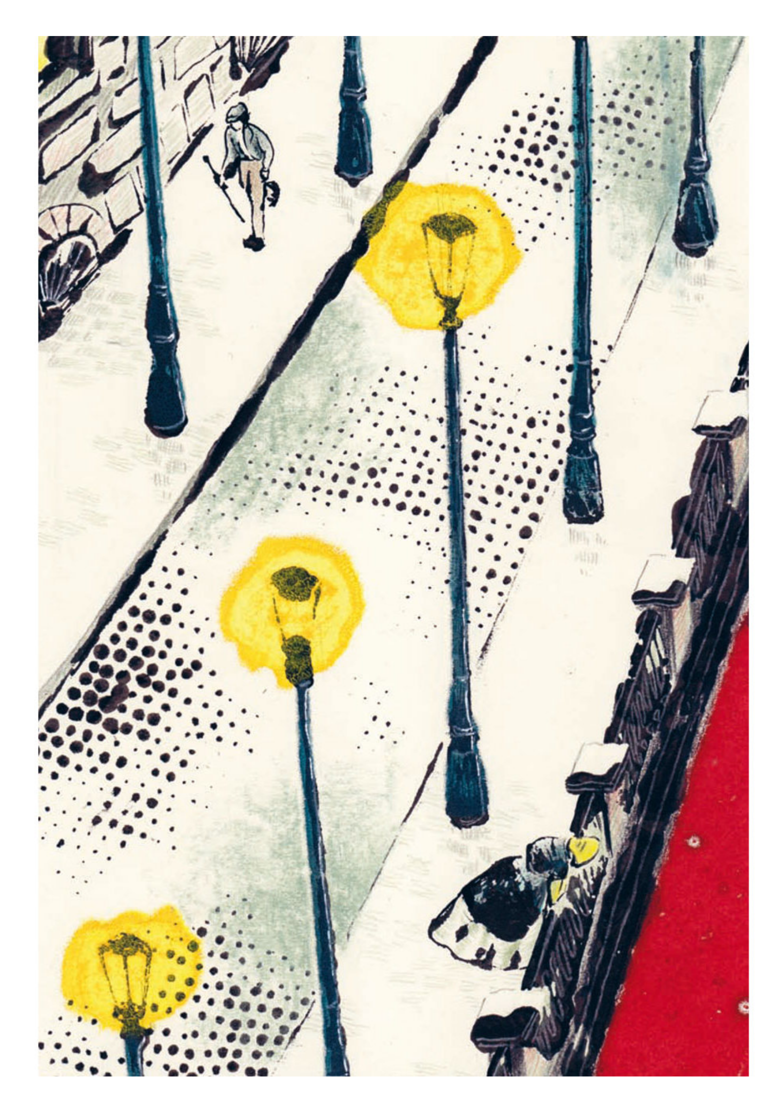
Con todo ¡mi noche fue mejor que el día! Esto es lo que ocurrió:

Regresé a la ciudad muy tarde, ya habían dado las diez cuando empezaba a acercarme a casa. El camino seguía la orilla del canal, donde no se ve ni un alma a esas horas. La verdad es que vivo en una zona bastante retirada de la ciudad. Caminaba y cantaba porque, cuando me siento feliz, es inevitable que tararee algo, igual que cualquier hombre feliz que no tiene ni amigos ni buenos conocidos y que en los momentos alegres no tiene con quien compartir su alegría. Y entonces me sucedió la aventura más inesperada.

Apartada, había una mujer apoyada en la barandilla del canal. Acodada en la reja, parecía observar con mucha atención el agua turbia del canal. Llevaba un encantador sombrero amarillo y una mantilla negra y coqueta. «Es joven, y seguro que morena», pensé yo. A lo que parece, ella no había oído mis pasos, ni siquiera se inmutó cuando pasé por su lado conteniendo la respiración y el corazón latiéndome con fuerza. «¡Qué extraño! —pensé—, debe de estar muy absorta en sus pensamientos», y entonces me quedé clavado. Me había parecido oír un sollozo ahogado. Así era, no me había equivocado: la joven estaba llorando y su pena aumentaba a cada momento. ¡Dios mío! Tenía el corazón en un puño. Y, por muy tímido que fuera con las mujeres, era una situación que… Retrocedí, caminé hacia ella y sin duda alguna hubiera dicho: «¡Señorita!», de no haber sabido que esta exclamación se había dicho ya miles de veces en todas las novelas rusas sobre la

aristocracia. Fue lo único que me detuvo. Mientras yo andaba buscando una palabra, la joven salió de su ensimismamiento, giró la cabeza, me descubrió, bajó la vista y se escabulló de mí siguiendo la orilla. Habría salido tras ella, pero se dio cuenta y se apartó de la orilla, cruzó la calle y echó a andar por la acera. Yo no me atreví a cruzar la calle. Mi corazón trepidaba igual que el de un pajarito atrapado. Y entonces un incidente vino en mi ayuda.

En el otro lado de la acera, cerca de mi desconocida, apareció de pronto un señor de frac, de edad sobria, pero no se puede decir que anduviera con sobriedad. Se tambaleaba a cada paso y caminaba apoyándose con cuidado en la pared. La muchacha caminaba como una flecha, presurosa y discretamente, como suelen andar las muchachas que no quieren que alguien se ofrezca a acompañarlas a casa por la noche y, por supuesto, el señor tambaleante nunca la habría alcanzado si mi destino no le hubiera aconsejado que recurriera a métodos artificiales. De pronto, sin decir ni una palabra, mi señor sale disparado con todas sus fuerzas, corre intentando dar alcance a mi desconocida. Ella camina como el viento, pero el señor oscilante se acerca, la alcanza, la muchacha grita y yo… yo bendigo al destino por el excelente palo nudoso que en ese momento apareció en mi mano derecha. Al momento estaba en la otra acera, al momento el señor no invitado comprendió qué ocurría, su imaginación encontró una razón irrefutable, guardó silencio, se apartó y sólo cuando ya estábamos muy lejos me lanzó sus protestas en términos bastante enérgicos. Pero apenas nos llegaron sus palabras.



—Deme la mano —le dije a la desconocida—, y no se atreverá a importunarnos más.

Me alargó la mano en silencio, aún temblaba de inquietud y de espanto. ¡Oh, señor no invitado, cuánto te bendije en ese momento! La miré fugazmente: era muy linda y morena —¡lo había adivinado! —. En las pestañas negras todavía le brillaban las lágrimas por el susto reciente o por la pena sufrida, no lo sabía. Pero en sus labios brotaba ya una sonrisa. Ella también me miró a escondidas, enrojeció ligeramente y bajó la vista.

—Ya ve, ¿por qué se asustó y se apartó antes de mí? Si yo hubiera estado con usted nada le habría pasado…

—Es que no lo conocía, pensaba que usted también…

—¿Y ahora sí me conoce?

—Un poco. Por ejemplo, ¿por qué está temblando?

—¡Oh, lo ha adivinado a la primera! —respondí yo encantado de que mi muchacha fuera inteligente: esto es algo que, si hay belleza, nunca molesta—. Así es, ha adivinado usted a la primera con quién ha ido a dar. En efecto, soy tímido con las mujeres, no voy a discutírselo, y no estoy menos nervioso que hace unos minutos, cuando ese hombre la asustó… Y ahora yo, de alguna manera, estoy asustado. Es como un sueño, aunque ni siquiera en sueños he conjeturado que alguna vez iba a hablar con una mujer.

—¿Cómo? ¿De verdad?

—Así es, si mi mano tiembla es porque nunca la había abrazado una mano tan dulce y pequeña como la suya. Me he deshabituado de las mujeres, quiero decir que nunca me acostumbré a ellas, es que estoy solo… Ni siquiera sé cómo hablar con ellas. Bueno, ahora tampoco sé, ¿no le habré dicho alguna tontería? Hable con franqueza, le aviso de que no suelo ofenderme…

—No, para nada, al contrario. Y si usted me está pidiendo que sea sincera, entonces le diré que a las mujeres les gusta esa timidez. Y, si quiere saber más, a mí también me gusta y ya no dejaré que se aparte de mí hasta que lleguemos a casa.

—Va a hacer que pierda mi timidez ya mismo —empecé yo ahogado por la emoción—, y entonces… ¡adiós a mis métodos!

—¿Métodos? ¿Qué métodos? ¿Para qué? Ahora sí que ha hecho el tonto.

—Lo reconozco, y no lo haré más, se me ha escapado sin querer, aunque cómo pretende que en un momento así no exista el deseo de…

—¿De gustar, por ejemplo?

—Pues sí, pero sea buena, por Dios, sea buena. Juzgue quién soy: ya tengo veintiséis años y nunca he tenido trato con nadie. ¿Cómo puedo hablar bien y, además, con habilidad? Será más provechoso cuando se haya contado todo abiertamente. No sé callar cuando el corazón habla en mi interior. Bueno, no importa… Créalo, ni una sola mujer, nunca, ¡nunca! ¡Ningún trato! Y día tras

día sólo sueño con encontrar por fin a alguien. Ay, si usted supiera las veces que me he enamorado así…

—Pero ¿cómo es eso? ¿Y de quién?

—Pues de nadie, de un ideal, de aquella con la que haya soñado. En mis sueños creo novelas enteras. ¡Huy, usted no me conoce! Claro que habré tratado con dos o tres mujeres —de otra forma no se puede—, pero ¿qué mujeres eran? No eran más que dueñas que… Pero le estoy haciendo reír, le contaré que más de una vez he pensado en ponerme a hablar así por las buenas, en la calle, con alguna aristócrata, cuando estuviera sola, claro está. Hablar con timidez, por supuesto, con respeto y pasión. Decirle que perezco en soledad para que ella no se aparte de mí, que no tengo métodos para conocer siquiera a una sola mujer, sugerirle que incluso es su obligación como mujer no rechazar una súplica tan tímida de alguien tan desgraciado como yo. Que, finalmente, todo lo que pido es que me digan con simpatía dos palabras fraternales, que no me aparten a la primera, que crean en mí de palabra, que escuchen atentas lo que voy a decir, que se rían de mí si quieren, que me infundan esperanzas, que me digan dos palabras, dos palabras nada más, y luego no importa si no nos vemos más… Pero se ríe usted… Bueno, también hablo para eso…

—No se enoje, me río porque es usted su propio enemigo y, si lo intentara, lo conseguiría, puede que aun en la calle le salga bien. Cuanto más sencillo, mejor le saldrá… Ni una sola mujer buena, a no ser que sea tonta o, sobre todo, que en ese momento esté enfadada por algo, se resolvería a echarlo a usted sin esas dos palabras que ha implorado tan tímidamente… Aunque yo le tomaría por un loco, sin duda. De hecho, así le juzgué. ¡Bien sé yo qué gente hay por ahí!

—Oh, muchas gracias —grité yo—, no sabe lo que acaba de hacer por mí.

—Está bien, está bien… Pero, dígame, ¿por qué sabía que yo era una mujer con la que…? Bueno, que usted me creía digna de… atención y amistad…; resumiendo, no una dueña, como las ha llamado usted. ¿Por qué se resolvió a acercarse?

—¿Por qué? ¿Por qué? Pero si usted estaba sola, ese señor fue demasiado osado, es de noche. Estará usted de acuerdo conmigo en que era mi obligación…



—No, no, antes, en el otro lado. Porque usted quería acercarse a mí, ¿no?

—¿En el otro lado? Pues, la verdad, no sé qué responder, temo que… ¿Sabe? Hoy he sido feliz; he caminado y cantado. He estado en el campo, nunca había sentido unos momentos tan felices. Y usted… Me pareció que era posible… Bueno, perdóneme si le hago recordar: me pareció que usted lloraba y yo…, yo no podía oírlo…, mi corazón se encogió… ¡Dios mío! ¿Acaso no podía sentirme triste por usted? ¿Acaso es un pecado sentir por usted compasión fraternal?… Perdone, he dicho «compasión…». Bueno, en fin,

¿acaso podía molestarle que involuntariamente se me ocurriera acercarme a usted?

—Déjelo ya, es suficiente, no diga nada —dijo la chica bajando la vista y estrechándome la mano—. La culpa es mía por haber sacado el tema, pero estoy contenta de no haberme equivocado con usted. Bueno, ya estoy en casa. Tengo que seguir por aquí, por la travesía, está cerca, a dos pasos… Adiós, le agradezco que…

—¿Entonces es verdad? ¿De veras que no nos vamos a ver nunca más?… ¿De veras que se termina aquí?

—Ya ve —dijo la muchacha entre risas—, al principio quería sólo dos palabras y ahora… De todas formas no voy a decirle nada… Puede que nos veamos…

—Vendré aquí mañana —dije yo—. Ay, discúlpeme, ya estoy exigiendo…

—Sí, es usted un impaciente… Casi está exigiendo…

—¡Oiga, escúcheme! —interrumpí yo—. Discúlpeme si de nuevo le digo algo un poco… Pero aquí va: Es imposible que no venga mañana. Soy un soñador, tengo tan poca vida real y momentos como este, como el de ahora, los cuento tan raramente que es imposible que no repita estos momentos en sueños. Soñaré con usted toda la noche, toda la semana, el año entero. Seguro que vengo mañana aquí, justo aquí, a este mismo lugar justo a esta hora, y seré feliz recordando el día de ayer. Este sitio ya me es querido. Tengo otros dos o tres sitios así en San Petersburgo. Incluso una vez me eché a llorar por los recuerdos, como usted… Quién sabe, quizá también a usted, hace diez minutos, los recuerdos le hicieron llorar… Pero perdóneme, he vuelto a dejarme llevar. Quizá usted haya sido especialmente feliz aquí…

—Está bien —dijo la muchacha—, puede que venga mañana, también a las diez. Veo que ya no puedo prohibírselo… Lo que ocurre es que tengo que estar aquí, no piense que estoy acordando una cita, le aviso de que tengo que estar aquí por algo personal. Pero… bueno, seré sincera con usted: no pasa nada si viene; en primer lugar, podría volver a suceder algo desagradable, pero dejemos eso a un lado…, en resumen, simplemente me gustaría verlo…, para decirle dos palabras. Con tal de que no me censure, no piense que suelo citarme con nadie tan alegremente… No lo habría citado si… Bueno ¡dejemos que este sea mi secreto! Pero con una

condición…

—¡Una condición! ¿Cuál? Dígala, dígamela de antemano; estoy de acuerdo con todo, estoy dispuesto a todo —exclamé yo entusiasmado—, respondo de mí mismo: seré obediente, respetuoso… Usted me conoce…

—Precisamente porque lo conozco, lo invito a venir mañana —dijo la muchacha entre risas—. Lo conozco perfectamente. Pero si lo hace es con una condición, en primer lugar —ande, sea bueno y cumpla lo que voy a pedirle, ya ve que le hablo con franqueza—, no se enamore de mí… No es posible, se lo aseguro. Estoy dispuesta a ser su amiga, aquí tiene mi mano… Pero no puede enamorarse, ¡por favor se lo pido!

—Se lo juro —grité yo atrapando su mano.

—Pare, no jure, sé bien que es capaz de estallar como la pólvora. No me censure por hablarle así. Si usted supiera… Yo tampoco tengo a nadie, a nadie con quien poder intercambiar una palabra, a quien pedir consejo. Por supuesto que los consejeros no deben buscarse en la calle, pero usted es una excepción. Lo conozco como si lleváramos veinte años siendo amigos… Usted no cambiará, ¿verdad?

—Ya lo verá…, aunque no sé cómo voy a sobrevivir un día.

—Duerma profundamente, buenas noches… Y recuerde que yo ya confío plenamente en usted. Aunque acaba de expresarlo muy bien, ¿de veras hay que dar cuenta de cada sentimiento, aunque sea compasión fraternal? ¿Sabe? Lo ha dicho tan bien que enseguida despertó en mí la idea de confiarle…

—Por Dios, ¿el qué?

—Hasta mañana. Dejemos que sea un secreto por ahora. Mejor para usted, al menos en la distancia parecerá una novela. Puede que mañana se lo cuente, o puede que no… Le aviso de antemano, vamos a conocernos mejor.

—Oh, entonces ¡mañana le contaré todo sobre mí! Pero ¿qué es esto? Es como si hubiera ocurrido un milagro… Dios mío, ¿dónde estoy? Dígame, ¿acaso está disgustada por no haberse enfadado, como habría hecho otra, y por no haberme alejado desde el principio? Dos minutos y ya me ha hecho feliz para siempre. Así es, ¡feliz! Cómo saberlo, pero puede que usted me haya reconciliado conmigo mismo, que haya resuelto mis dudas… Quizá sobre mí

caigan esos momentos… Sí, mañana se lo contaré todo, lo sabrá todo, todo…

—Me parece bien, usted empezará.

—De acuerdo.

—¡Hasta la vista!

—¡Hasta la vista!

Y nos separamos. Yo caminé toda la noche, no me decidía a volver a casa. Era tan feliz… ¡Hasta mañana!

Segunda noche

—Vaya, ¡si ha sobrevivido! —me dijo ella riendo y estrechándome ambas manos.

—Llevo aquí dos horas, ¡no sabe el día que he pasado!

—Lo sé, lo sé…, pero al grano. ¿Sabe por qué he venido? No a soltar boberías como ayer. El caso es que en adelante debemos obrar con más cabeza. Ayer estuve dándole vueltas a todo.

—¿En qué, en qué hay que tener más cabeza? Por mi parte, estoy dispuesto. Pero, la verdad, en mi vida no ha habido nada más sensato que el presente.

—¿En serio? Bueno, en primer lugar le pido que no me apriete tanto las manos y, en segundo, le comunico que he reflexionado mucho sobre usted.

—Bueno, ¿y cómo acabó?



—¿Cómo acabó? Pues que hay que empezar todo de nuevo, porque he llegado a la conclusión de que sigue siendo usted un total desconocido para mí, de que ayer me comporté como un cría, como una niña pequeña y, claro, he resuelto que el culpable de todo es mi buen corazón, quiero decir que no fui muy severa conmigo, que es como se termina siempre que uno empieza a examinar lo suyo. Y para enmendar ese error he decidido investigarle de la forma más detallada posible. Pero como no tengo a nadie que pueda investigarle, va a ser usted quien me cuente todo, toda la verdad, los pormenores. Vamos, ¿qué clase de hombre es usted? Rápido, empiece ya, ¿cuál es su historia?

—¿Mi historia? —grité yo asustado—. ¡Mi historia! Pero ¿quién le ha dicho que yo tengo una historia? No tengo ninguna…

—Entonces, ¿cómo ha podido vivir si no tiene usted una historia? —me interrumpió ella entre risas.

—¡Pues sin ninguna! Vivía a mi aire, como suele decirse, completamente solo, solo del todo, ¿comprende lo que es estar solo?

—¿Cómo que solo? ¿Es que nunca ve a nadie?

—Bueno, no, ver sí que veo. Aun así, estoy solo.

—¿Y eso? ¿Acaso no habla con nadie?

—En sentido estricto, con nadie.

—Pero ¿quién es usted? ¡Explíquese! Espere, voy a adivinarlo: probablemente tenga una abuela, como yo. Es ciega y nunca jamás me deja ir a ningún sitio, por eso casi he perdido la costumbre de hablar. Y cuando hace dos años cometí una travesura, se dio cuenta de que no podía retenerme, me llamó y fue y prendió con un alfiler mi vestido al suyo. Desde entonces pasamos así los días mientras ella cose medias, y eso que está ciega. Y yo, a su lado, coso o le leo un libro en voz alta, una extraña costumbre que me tiene enganchada a un imperdible desde hace dos años…

—¡Ay, Dios mío, qué desgracia! Pero no, yo no tengo una abuela así.

—Y si no la tiene, ¿cómo es que se queda en casa?

—Oiga, ¿quiere saber quién soy?

—Sí, claro, claro.

—¿En el sentido estricto de la palabra?

—¡En el sentido más estricto de la palabra!

—Pues bien, soy un tipo.

—¿Un tipo? ¡Un tipo! ¿Cómo que «un tipo»? —gritó la muchacha echándose a reír a carcajadas como si no hubiera logrado reírse en todo un año—. ¡Es usted realmente divertido! Mire, ahí hay un banco, vamos a sentarnos. Por aquí no pasa nadie, no pueden oírnos y ¡comience de una vez con su historia! Porque no va a convencerme: usted tiene una historia, sólo que la está ocultando. Para empezar, ¿qué es eso de «un tipo»?

—¿Un tipo? Un tipo es alguien original, ¡una persona bien ridícula! —respondí yo soltando carcajadas tras la risa infantil de ella—. Es un carácter. Dígame, ¿sabe qué es un soñador?

—¡Un soñador! Por favor, ¿cómo no voy a saberlo? ¡Yo misma lo soy! ¡Qué no me vendrá a la cabeza cada vez que estoy junto a mi abuela! Mire, empiezo a soñar y me pierdo en mis pensamientos…, y me caso con un príncipe chino… Pero, por otro lado, soñar está bien. Aunque, bueno, si tienes otras cosas en que pensar… —añadió la muchacha, esta vez bastante seria.

—¡Maravilloso! Pues si usted se ha casado con un *jan* chino,

seguro que me comprende perfectamente. Bueno, aquí va… Espere, todavía no sé su nombre.

—¡Ya era hora! Anda que se ha acordado usted pronto.

—¡Ay, Dios mío! Ni siquiera me ha venido a la cabeza, me encontraba tan bien…

—Me llamo Nástenka.

—¡Nástenka! ¿Y ya?

—¿Ya? ¿De veras le parece poco? ¡Qué difícil de contentar es usted!

—¿Poco? Es mucho, al revés, es muchísimo. Nástenka, qué niña tan buena es usted, ¡si desde el principio usted es Nástenka para mí!

—Así es. Vamos, hable.

—Bueno, Nástenka, mire qué historia tan divertida resulta.

Me senté a su lado, adopté una pose pedante y seria y empecé como si lo tuviera escrito:

—Nástenka, por si no lo sabe, en San Petersburgo hay rincones bastante curiosos. En estos lugares es como si no entrara el mismo sol que brilla para todos los petersburgueses, sino otro distinto, nuevo, uno encargado a propósito para estos rincones, y brilla sobre todas las cosas con una luz diferente, especial. En estos rincones, querida Nástenka, se vive una vida completamente distinta, una que no se parece a la que bulle a nuestro alrededor, sino una que quizá exista en un remoto y desconocido país, y no en el nuestro, no en este tiempo nuestro tan serio. Esa vida es una mezcla de algo puramente fantástico, de algo ideal y apasionado pero, al mismo tiempo —¡ay, Nástenka!—, de algo prosaico y descolorido, común, por no decir vulgar hasta límites increíbles.

—¡Uf! ¡Vaya introducción, Dios mío! ¿Qué será lo que voy a oír?

—Pues va a oír, Nástenka —me parece que nunca dejaré de decir su nombre—, va a oír que en esos rincones vive gente extraña: los soñadores. Un soñador —por si necesita una definición minuciosa— no es una persona, ¿sabe?, sino una criatura de género neutro. Habita mayormente en algún rincón inaccesible, como si se ocultara hasta de la luz del día y, cuando se encierra en sí mismo, se adhiere a su rincón como un caracol, o cuando menos se parece mucho en su relación a ese curioso animal que es animal y casa al mismo tiempo y que se llama *tortuga*. ¿Usted qué cree, por qué quiere tanto a sus cuatro paredes pintadas infaliblemente de verde,

sucias de hollín, desoladoras y amarillentas de tabaco hasta lo inadmisible? ¿Por qué este ridículo señor, cuando viene a visitarlo alguno de sus escasos conocidos —lo que acaba en que todos sus conocidos se esfuman—, por qué este ridículo señor los recibe tan desconcertado, con el rostro tan cambiado y tan turbado como si acabara de cometer un crimen entre esas cuatro paredes, como si fabricara billetes falsos o unos poemillas para enviar a una revista junto con una carta anónima donde se revela que el auténtico poeta ya ha muerto y que un amigo suyo cree que es un deber sagrado publicar los versos? Dígame, Nástenka, ¿por qué se les apaga la conversación a estos dos interlocutores? ¿Por qué ni una risa ni una palabra animada sale de la lengua del perplejo amigo que ha entrado inesperadamente y al que en otros momentos le encantan la risa, las palabras animadas, las conversaciones sobre el bello sexo y otros temas divertidos? ¿Por qué, al fin, este amigo, probablemente un conocido reciente, ante su primera visita —y no habrá una segunda, pues el amigo no va a volver—, por qué también el amigo con toda su agudeza —si es que la tiene— está tan desconcertado, tan tieso, mirando el rostro girado de su anfitrión, quien, a su vez, ya está completamente aturdido y perdido con los últimos esfuerzos titánicos pero infructuosos por enderezar y alumbrar la conversación, por demostrar que también él tiene mundo, por hablar también él del bello sexo y al menos con tal sumisión gustar al pobre hombre que había llegado donde no debía, que había ido a visitarlo por error? Y, por fin, ¿por qué de pronto el invitado agarra su sombrero y se marcha presto al recordar inesperadamente un asunto urgentísimo, que nunca ha existido, y libera de cualquier manera su mano del cálido apretón del anfitrión, quien se esfuerza por todos los medios en mostrar remordimiento y en corregir lo perdido? ¿Por qué el amigo que se va suelta una carcajada tras salir por la puerta y allí mismo se da palabra de no volver nunca a casa de ese estrafalario —aunque este estrafalario sea en realidad una buenísima persona— y, al mismo tiempo, no puede en modo alguno negarle a su imaginación un pequeño capricho: durante el encuentro haber estado comparando, aunque sea débilmente, la fisonomía de su reciente interlocutor con el aspecto de un infeliz gatito al que unos niños, tras haberlo atrapado pérfidamente, han aplastado, atemorizado y dañado de múltiples maneras, le han dado

un susto mortal, pero al fin logra esconderse bajo una silla, a oscuras, y allí se queda la siguiente hora erizado, resoplando y lavando con ambas patas su hocico dañado, y mucho tiempo después sigue contemplando con hostilidad la naturaleza, la vida y hasta el trozo de comida señorial reservado para él por un ama de llaves compasiva?

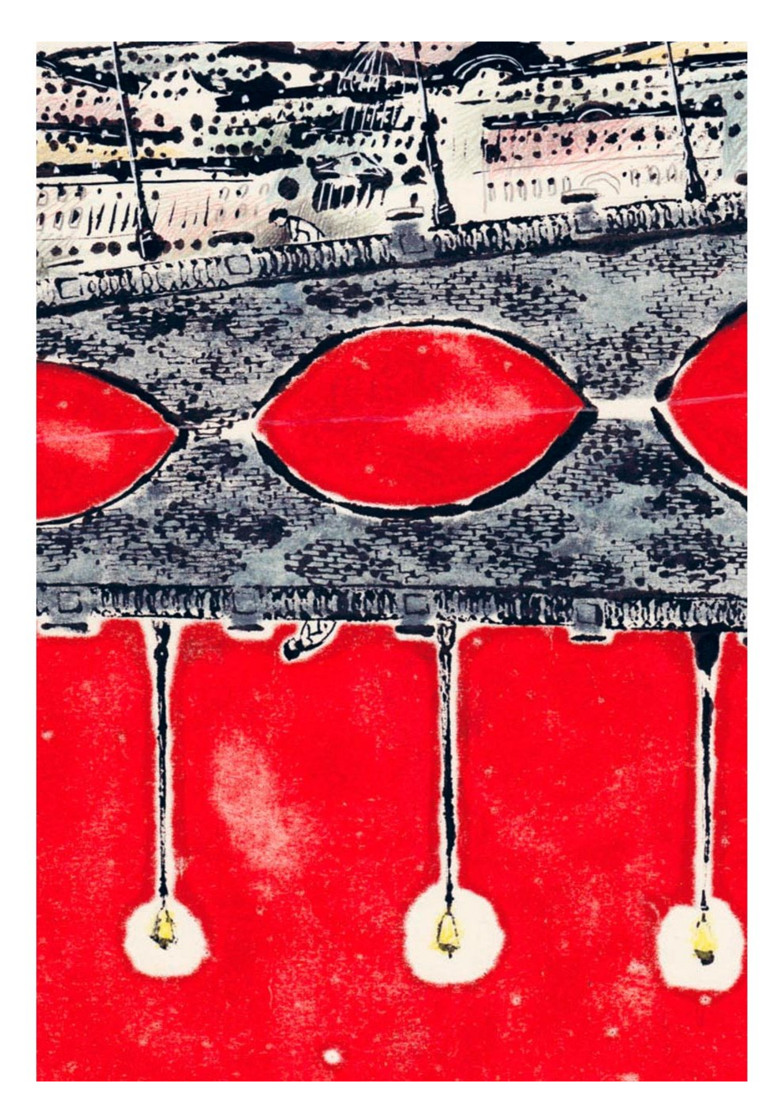
—Oiga —me interrumpió Nástenka, quien todo este tiempo me había estado escuchando sorprendida, con la boca y los ojos abiertos—, oiga, no sé en absoluto las razones de que eso haya ocurrido y por qué usted plantea precisamente esas preguntas tan ridículas. Pero sí sé con seguridad que todas esas aventuras le sucedieron a usted, desde la primera hasta la última.

—Sin duda —respondí yo con expresión muy seria.

—Bueno, pues si no hay duda, continúe —dijo Nástenka—, porque tengo muchas ganas de saber cómo acaba.

—¿Quiere saber qué hacía en su rincón nuestro héroe, Nástenka? Mejor dicho, qué hacía yo, porque el héroe de todo esto soy yo, mi modesta persona. ¿Quiere saber la razón de que me pusiera tan nervioso y de que estuviera ya todo el día desconcertado por culpa de la inesperada visita de un amigo? ¿Quiere saber la razón de que saltara de esa manera, de que me ruborizara tanto cuando se abrió la puerta de mi morada, por qué no supe recibir a un invitado y por qué caí con tanta vergüenza bajo el peso de mi propia hospitalidad?

—¡Claro! —respondió Nástenka—. De eso se trata. Espere, lo cuenta usted muy bien, pero ¿sería posible que, de alguna manera, no lo contara tan bien? Porque habla como si estuviera leyendo un libro.



—¡Nástenka! —respondí con voz importante y severa, conteniendo la risa a duras penas—. Querida Nástenka, sé que hablo bien, pero soy culpable: no sé contarlo de otra manera. Y ahora, querida Nástenka, ahora me parezco a ese genio del rey Salomón que estuvo mil años en una vasija bajo siete sellos, y al que finalmente quitaron los siete sellos[1]. Ahora, querida Nástenka, cuando nos hemos vuelto a encontrar después de tan larga separación —puesto que hace mucho que la conozco, Nástenka, hace mucho que buscaba a alguien, y esto es una señal de

que la buscaba precisamente a usted y de que estábamos destinados a encontrarnos—, en mi cabeza se han abierto miles de válvulas y tengo que verter ríos de palabras o me ahogaré. Por eso le pido que no me interrumpa, Nástenka, y que me escuche sumisa y obediente. De lo contrario, guardaré silencio.

—¡No, de ninguna manera! ¡Hable! No diré ni una palabra.



—Continúo: Existe una hora en mi día, amiga Nástenka, a la que tengo muchísimo cariño. Es esa hora en que acaban casi todas las

tareas, los deberes y las obligaciones y todos se apresuran a llegar a casa para comer, echarse a descansar y, allí mismo, por el camino, inventan otros temas entretenidos que atañen a las tardes, a las noches y todo el tiempo libre que les queda. A esa hora nuestro héroe —permítame que lo cuente en tercera persona, Nástenka, pues contar todo esto en primera persona es terriblemente vergonzoso—, bueno, a esa hora nuestro héroe, que tampoco ha estado sin hacer nada, camina detrás de los demás. Pero un sentimiento extraño de placer se cuela en su cara pálida, como ajada. Mira con ganas el crepúsculo vespertino que se va extinguiendo lentamente en el frío cielo de San Petersburgo. Cuando digo «mira», estoy mintiendo: él no mira, él observa como inconsciente, como si estuviera agotado u ocupado en algún otro objeto más interesante y por eso sólo puede dedicarle un instante, y casi involuntariamente, a todo lo que le rodea. Está contento porque por hoy ha terminado con las tareas que le enojan, alegre como un colegial al que han dejado salir del banco del aula a sus juegos y travesuras favoritos. Véalo desde un lado, Nástenka: enseguida verá que ese sentimiento de alegría ya ha tenido un efecto feliz sobre sus nervios débiles y su fantasía lastimosamente alterada. Y sus pensamientos están inmersos en… ¿En qué cree usted, en la comida, en la tarde de hoy? ¿Qué es lo que mira así? ¿A ese señor de apariencia seria que saluda con tanta expresividad a una dama que pasa junto a él en un brillante carruaje de caballos ligeros? No, Nástenka, ¡ahora no está para todas esas nimiedades! Ahora, en su vida especial, él es rico, se ha vuelto rico de alguna manera y el rayo de despedida del sol al apagarse no brilla en vano frente a él y provoca en su corazón reconfortado todo un tumulto de sensaciones. Ahora apenas repara en esa ciudad donde antes podía sorprenderle la menudencia más diminuta. Ahora «la diosa de la Fantasía» (por si ha leído a Zhukovski [2], querida Nástenka) ya ha bordado con mano antojadiza una base dorada y ha empezado a desarrollar para él patrones de una vida fabulosa, rebuscada, y quién sabe, quizá lo haya transportado en su mano antojadiza hasta el séptimo cielo cristalino desde la maravillosa acera de granito por la que él va de vuelta a casa. Intente detenerlo ahora, pregúntele dónde está, por qué calles ha ido, seguramente no se acuerde de nada, ni de dónde ha estado ni de dónde está ahora y,

ruborizándose enojado, le dirá alguna mentira para salvar su comportamiento. Es por eso que se estremece, que casi grita y mira asustado a su alrededor cuando una mujer muy mayor lo detiene cortésmente en mitad de la acera y empieza a preguntarle por una dirección, pues está perdida. Enfurruñado, sigue su camino sin darse cuenta apenas de que más de un transeúnte se sonríe al verlo y lo sigue con la mirada y que una niña pequeña, que se ha apartado asustada de su camino, rompe a reír ruidosamente al ver de cerca su amplia sonrisa contemplativa y los gestos de sus manos. Pero el vuelo de juguete de la Fantasía también arrastra a la anciana, a los transeúntes curiosos y a la niña riéndose, y a los aldeanos que cenan en las barcazas que pueblan Fontanka —vamos a suponer que en ese momento nuestro héroe pasa por allí—. Traviesa, borda en su cañamazo a todo y a todos, como si fueran moscas en una telaraña, y con esa nueva adquisición el estrafalario ha entrado en su agradable madriguera, se ha sentado a la mesa, ha terminado de comer y sólo vuelve en sí cuando la ensimismada y eternamente apenada Matriona, que es quien le sirve, ya ha recogido la mesa y le ofrece una pipa. Vuelve en sí y, sorprendido, recuerda que ha comido y no se ha dado cuenta. La habitación está a oscuras; su alma está vacía y triste, todo un reino de sueños se ha desmoronado a su alrededor, se ha desmoronado sin dejar rastro, sin ruido ni crujidos, fulguró como una visión y no logra recordar qué es eso que ha soñado. Pero cierta sensación sombría, que hace que su pecho se queje ligeramente y se inquiete, cierto deseo nuevo le cosquillea seductor y, alterando su fantasía, imperceptiblemente convoca todo un enjambre de nuevos espectros. Reina el silencio en la pequeña habitación, la soledad y la pereza complacen a la imaginación, ésta se inflama, empieza a hervir suave, suavemente, igual que el agua en la cafetera de la vieja Matriona, que se ocupa de sus tareas con sosiego allí cerca, en la cocina, mientras hace café de puchero. Poco a poco se va abriendo paso entre fogonazos, el libro cogido sin finalidad y al azar se cae de las manos de mi soñador antes de llegar siquiera a la tercera página. Su imaginación está de nuevo afinada, avivada, y de pronto otra vez un mundo nuevo, una vida nueva, fascinante, brilla frente a él con una perspectiva resplandeciente: un sueño nuevo, ¡una felicidad nueva! ¡Una dosis nueva de veneno refinado, voluptuoso! ¡Oh, qué le

importa a él nuestra vida real! En su mirada cautiva vivimos usted y yo, Nástenka, perezosos, lentos, indolentes; en su mirada todos nosotros nos sentimos insatisfechos con nuestro destino, ¡nuestra vida se consume! Pero es verdad, la primera impresión es que entre nosotros siempre hay frío, mal humor, como si estuviéramos enfadados… «¡Pobres!», piensa mi soñador. ¡Y no me extraña que lo piense! Vea esos mágicos espectros que se van formando ante él tan encantadores, tan caprichosos, ilimitados y amplios, dentro de un cuadro mágico, animado, donde en primer plano, en el papel principal está él, claro, nuestro soñador, con la forma de su querido personaje. Vea qué aventuras tan variadas, qué tumulto infinito de sueños entusiastas. ¿Me pregunta usted con qué sueña? ¡Vaya pregunta! Pues con todo… con el papel del poeta, al principio ignorado y después laureado, con su amistad con Hoffmann, la noche de san Bartolomé, Diana Vernon, el heroico papel de Iván el Terrible en la toma de Kazán, Clara Mowbray, Effie Deans, la catedral de los prelados y Hus delante de ella, el alzamiento de los muertos en *Roberto* —¿recuerda la música? ¡Olía a cementerio!—, **[3]** Minna y Brenda, la batalla del Bereziná, la lectura de poemas en casa de la condesa
V***-D***,
Danton **[4]**, Cleopatra *e i suoi amanti* **[5]**, la casita en Kolomna **[6]**, su rincón, y al lado la creación querida que lo escucha en las tardes de invierno con la boca y los ojos abiertos, igual que usted a mí ahora, mi pequeño ángel… Sí, Nástenka, ¿qué le importa a él, a un holgazán voluptuoso, esa vida que tanto deseamos usted y yo? Cree que es una vida pobre, miserable, sin adivinar que quizá también a él le llegue esa triste hora en que daría todos sus años de fantasía por un día de esa vida miserable, además no los entregaría por alegría, no por felicidad, aunque en ese momento tampoco querrá elegir pena, arrepentimiento o aflicción sin obstáculos. Pero de momento no ha llegado esa hora terrible y él no desea nada porque está por encima de los deseos, porque lo tiene todo, porque está saciado, porque él mismo es el artista de su vida y cada hora la crea según un arbitrio nuevo. ¡Y es que es tan fácil, tan natural crear este mundo de cuento, de fantasía! Como si en realidad no fueran visiones. Verdad es que está dispuesto a creer a cada rato que toda esa vida no son sus sentimientos alterados, no es un espejismo ni un

engaño de su imaginación, sino que todo es real, auténtico, ¡existe! Pero explíqueme, Nástenka, ¿por qué el ánimo se avergüenza en momentos así? ¿Por qué magia, según qué desconocido arbitrio el pulso se acelera, las lágrimas salpican los ojos del soñador, arden sus mejillas pálidas, humedecidas, y una dicha tan irresistible colma toda su existencia? ¿Por qué las noches de insomnio se pasan en un instante de alegría incombustible y felicidad, y cuando los rayos rosados del alba brillan en las ventanas y el amanecer ilumina la habitación sombría con esa luz sospechosa y fantástica de San Petersburgo nuestro soñador, agotado, exhausto, se derrumba sobre la cama y duerme amortecido por culpa del entusiasmo de su espíritu enfermizo y conmovido y con dolor penoso pero dulce en el corazón? Sí, Nástenka, te engañarás e involuntariamente creerás que es pasión auténtica, verdadera, lo que agita su alma, ¡involuntariamente creerás que hay algo vivo y tangible en esos sueños! Pero ¡vaya engaño! Fíjese en como la alegría incombustible del amor y sus penosos tormentos se han apoderado de su pecho. Y basta con mirarlo para convencerse. Mírelo, Nástenka, ¿creería usted que, en realidad, nunca ha conocido a la que tanto ama en su frenético sueño? ¿Será posible que sólo la haya visto entre espectros cautivadores y que esa pasión sea soñada? ¿Será verdad que no han pasado tantos años de su vida ellos dos solos, apartados del mundo pero uniendo su propio mundo, su propia vida, a la vida del otro? ¿Será verdad que no era ella quien, a una hora avanzada, cuando llegó la separación, no era ella quien sollozaba sobre su pecho añorándolo y sin oír la tempestad desencadenada en el cielo cruel, sin oír el viento que arrancaba las lágrimas de sus pestañas negras? ¿Será verdad que todo fue un sueño? ¿También el jardín melancólico, abandonado y salvaje, con senderos cubiertos de musgo, solitario y sombrío, donde los dos solían pasear, donde aguardaban, añoraban, querían, donde tanto tiempo se quisieron, «¡tanto tiempo, con tanta ternura!» [7] ? ¿Y la extraña casa ancestral en la que ella había vivido largo tiempo apartada y triste, con un marido mayor y taciturno, siempre callado y bilioso y que los asustaba a ellos, que eran tímidos como niños y que se ocultaban su amor triste y temerosamente? ¡Cómo sufrían! ¡Cuánto miedo tenían! ¡Qué inocente y puro era su amor y qué malvada —naturalmente— era la gente! Dios mío, ¿será verdad que él no se la encontró tiempo

después lejos de las orillas de su patria, bajo un caluroso cielo extranjero de mediodía, en la ciudad eterna y maravillosa, entre el brillo de un baile, bajo el estruendo de la música, en un *palazzo* —sin duda alguna en un *palazzo*— que se hundía en un mar de fuegos, en ese balcón envuelto en mirtos y rosas donde ella, al reconocerlo, se había quitado la máscara rápidamente, le había susurrado: «Soy libre» y, temblando, se había lanzado a sus brazos y, fundidos en un abrazo, con un grito de emoción, al instante se olvidaron de la pena, de la separación y de todos los tormentos, de la casa sombría y del viejo, del jardín oscuro en su lejana patria y del banco en el que con un último y ardiente beso ella escapó de un abrazo rígido por el sufrimiento y la desesperación?… Nástenka, estará usted de acuerdo en que no le queda más que saltar de la silla, sentirse confundido y ruborizarse como un colegial que acaba de guardarse en el bolsillo una manzana robada en el jardín vecino, cuando cierto joven larguirucho y fuerte, un bromista y parlanchín, el amigo no invitado, abre la puerta y grita como si nada: «¡Acabo de llegar de Pávlovsk, amigo mío!». Dios mío, el viejo conde ha muerto, empieza una felicidad inenarrable, ¡y aquí la gente se dedica a venir de Pávlovsk!



Acabé mis exclamaciones patéticas y guardé un silencio patético. Recuerdo que, a pesar de todo, tenía muchísimas ganas de romper a reír a carcajadas, porque sentía que en mi interior empezaba a agitarse un diablillo hostil, sentía un nudo en la garganta, que me tiraba el mentón y que mis ojos se humedecían cada vez más. Esperaba que Nástenka, que me había estado escuchando con ojos inteligentes y bien abiertos, empezara a soltar carcajadas infantiles e inconteniblemente alegres, y ya iba a arrepentirme de haber llegado demasiado lejos, de haber contado en vano que mi corazón

llevaba mucho tiempo en ebullición, que podía hablar como si estuviera leyendo porque mi discurso llevaba mucho tiempo escrito y ahora no me había resistido a leerlo, a confesar la verdad sin esperar que me comprendieran. Pero, para mi sorpresa, ella se quedó callada; poco después me apretó la mano suavemente y preguntó con interés cohibido:

—¿Es posible que haya vivido así toda la vida? ¿De verdad?

—Toda ella, Nástenka —respondí yo—, toda mi vida y creo que así también la terminaré.

—¡No, eso no puede ser! —dijo inquieta—, eso no va a pasar, entonces puede que yo viva toda la vida junto a mi abuela. Oiga, usted sabe que no es bueno vivir así, ¿verdad?

—Lo sé, Nástenka, ¡lo sé! —exclamé sin poder contener más mis sentimientos—. ¡Y ahora más que nunca sé que he perdido en vano mis mejores años! Ahora lo sé y siento que enfermo al saberlo, porque el cielo la ha enviado, mi buen ángel, para decírmelo y demostrármelo. Sentado aquí a su lado y mientras hablamos, me da hasta miedo pensar en el futuro porque en el futuro hay de nuevo soledad, de nuevo esa vida rancia e innecesaria. ¡Y con qué voy a soñar cuando en la vida real he sido tan feliz a su lado! Oh, bendita sea, mi querida muchacha, por no haberme apartado a la primera, porque ya puedo decir que he estado vivo dos noches de mi vida.

—¡Ay, no, no! —gritó Nástenka con ojos brillantes por las lágrimas—, no, ya no va a ser así, ¡no vamos a despedirnos así! ¡Qué dice usted de dos noches!

—Ay, Nástenka, ¿sabe para cuánto tiempo me ha reconciliado conmigo mismo? ¿Sabe que ya no voy a pensar tan mal de mí como lo he hecho en algunas ocasiones? ¿Sabe que quizá ya no vuelva a sentir melancolía por haber cometido crímenes y pecados en esa vida mía porque esa vida era un crimen y un pecado? Y no crea que estoy exagerando ante usted, quiera Dios que no lo piense, Nástenka, pues a veces se me vienen encima unos momentos de tanta congoja, de tanta… Y en esos momentos a veces llego a creer que ya nunca seré capaz de empezar a vivir una vida real, porque me parece que he perdido todo tacto, toda intuición para lo real, para lo auténtico, porque me he maldecido a mí mismo, y porque después de esas noches de fantasía se me vienen encima momentos de sobriedad ¡y son terribles! Oyes a tu alrededor a una multitud

que truena y gira en el torbellino de la vida, oyes y ves que la gente vive, que vive de verdad, ves que su vida no está predeterminada, que su vida no se desvanece como un sueño, como una visión, que su vida está en constante renovación, que es eternamente joven y que ni una sola hora se parece a otra, mientras que desalienta por vulgar la fantasía monótona y asustadiza, esclava de la sombra, de una idea, esclava de la primera nube que cubre el sol sin avisar y que hace que la congoja oprima al auténtico corazón petersburgués que tanto valora al sol, ¡pero en la congoja no hay fantasía! Sientes que al fin se cansa, que se agota en permanente tensión la fantasía inagotable porque ha madurado, ha sobrevivido a sus antiguos ideales: se convierte en polvo, se rompe en pedazos; pero si no hay otra vida, toca construirla desde esos pedazos. ¡Pero el alma pide y quiere otra cosa! Y en vano el soñador revuelve entre sus viejos sueños como si fueran ceniza, buscando en esa ceniza cualquier chispa para atizarla, para calentar con fuego renovado su corazón enfriado y volver a resucitar en él todo lo que antes le era querido, lo que le llegaba al alma, hacía bullir su sangre, le arrancaba lágrimas y le engañaba espléndidamente. Nástenka, ¿sabe lo que llegué a hacer? Imagínese, me siento obligado a celebrar el aniversario de mis sentimientos, el aniversario de eso que antes me era tan querido, de algo que en realidad nunca ha existido —porque ese aniversario lo que celebra son esos mismos sueños tontos, incorpóreos—, y a hacerlo porque tampoco existen los sueños tontos; cuando no tienen de qué vivir ¡hasta los sueños se desgastan! ¿Sabe? Ahora me gusta recordar y visitar en un periodo determinado los lugares donde una vez fui feliz a mi manera, me gusta levantar mi presente en consonancia con un pasado que ya no va a volver y suelo vagar como una sombra, sin necesidad y sin objetivo, apesadumbrado y triste, por las calles y rincones de San Petersburgo. ¡Y en todas partes hay recuerdos! Por ejemplo, me acuerdo de que justo hace un año aquí, justo en este momento, a esta hora, vagaba por esta misma acera igual de solitario, igual de apesadumbrado que ahora. Y me acuerdo de que entonces mis sueños eran tristes y que, aunque antes tampoco estaba bien, aun así siento que era más fácil, más tranquilo vivir, siento que no existían estos negros pensamientos que me acechan ahora, que no existían estos remordimientos de conciencia, remordimientos

sombríos y lúgubres que ahora no me dejan en paz ni de día ni de noche. Y te preguntas: «¿Dónde están tus sueños?». Y meneas la cabeza y te dices: «¡Qué rápido pasan los años!». Y de nuevo te preguntas: «¿Y qué has hecho tú con tus años? ¿Dónde has enterrado tu mejor época? ¿Has o no vivido? Mira —te dices—, mira, en el mundo empieza a hacer frío». Y pasarán más años y con ellos vendrá la lóbrega soledad, vendrá la temblorosa vejez con un bastón y, con ellos, la melancolía y el desaliento. Palidecerá tu mundo de fantasía, cesará, se marchitarán tus sueños y se caerán como las hojas amarillas de los árboles… Ay, Nástenka, qué triste será quedarse solo, completamente solo, sin tener siquiera de qué lamentarse. ¡Nada! ¡Nada de nada! Porque todo lo perdido, todo eso era nada, un cero absoluto y absurdo, ¡no eran sino ensoñaciones!

—¡No puedo sentir más pena! —dijo Nástenka secándose las lágrimas que le caían por la cara—. ¡Todo ha terminado! Ahora estamos los dos. No importa qué me ocurra, ya nunca nos separaremos. Escúcheme, soy una chica sencilla, he estudiado muy poco, aunque la abuela me buscó un profesor. Pero de verdad que lo comprendo, porque todo lo que me ha contado lo viví yo cuando mi abuela me enganchó a su vestido. Claro que yo no lo hubiera contado tan bien como lo ha hecho usted, yo no he estudiado —añadió con timidez, pues seguía sintiendo cierto respeto hacia mi discurso patético y mi estilo elevado—, pero estoy muy contenta de que se haya sincerado así conmigo. Ahora lo conozco, lo conozco perfectamente. ¿Y sabe qué? Quiero contarle mi historia sin ocultarle nada, y después tendrá que aconsejarme. Es usted muy inteligente, ¿promete aconsejarme?

—Ay, Nástenka —respondí—, aunque nunca he dado consejos, y menos aún buenos, ahora veo que si vamos a vivir siempre así, lo que sería bastante inteligente, tendremos un montón de consejos inteligentes que ofrecer al otro. Entonces, mi buena Nástenka, ¿qué consejo necesita? Hable sin rodeos. Estoy tan alegre, tan feliz, me siento tan valiente y capaz que tendré respuestas para todo.

—¡No, no! —me interrumpió Nástenka entre risas—. No necesito un consejo inteligente, necesito un consejo cordial, de hermano, como si llevara un año queriéndome.

—¡Trato hecho, Nástenka! —exclamé entusiasmado—. Y si llevara veinte años queriéndola, ¡no la querría más intensamente

que ahora!

—¡Deme la mano! —dijo ella.

—¡Aquí la tiene! —respondí yo ofreciéndosela.

—Bueno, pues empecemos con mi historia.

La historia de Nástenka

—Ya conoce la mitad de mi historia, quiero decir que ya sabe que tengo una abuela mayor…

—Si la otra mitad es igual de corta que esta… —le interrumpí con mis risas.

—Cállese y escuche. Antes de nada una condición: no me interrumpa o lo mismo me hago un lío. Bueno, escuche en silencio.



»Tengo una abuela mayor. Fui a vivir con ella cuando todavía era muy pequeña, porque mi madre y mi padre murieron. Seguramente antes mi abuela era rica, porque todavía ahora recuerda días mejores. Me dio clases en francés y luego contrató un profesor para mí. Cuando tenía quince años —ahora tengo

diecisiete—, las clases se acabaron. Al mismo tiempo me dediqué a hacer travesuras. Cuáles eran, eso no se lo diré; basta con saber que las faltas eran poco importantes. Sólo que la abuela me llamó una mañana y me dijo que, dado que ella estaba ciega, no podía vigilarme, cogió un imperdible y enganchó mi vestido al suyo, diciendo que nos quedaríamos así toda la vida si yo, naturalmente, no me volvía buena. En resumen, al principio no había forma de apartarse, así que ponte a trabajar, a leer y a estudiar, y siempre junto a mi abuela. Una vez probé a usar mi ingenio y convencí a Fiokla para que se sentara en mi lugar. Fiokla es nuestra criada, está sorda. Se sentó en mi lugar; en ese momento mi abuela se había quedado dormida en el sillón y yo me fui a ver a una amiga no muy lejos. Acabó mal. Mi abuela se despertó cuando yo no estaba y preguntó algo, pues pensaba que yo seguía sentada tranquilamente. Fiokla vio que mi abuela estaba preguntando, pero no oía el qué, le dio vueltas a qué hacer, abrió el imperdible y salió corriendo…

Nástenka se interrumpió y empezó a reír. Yo me eché a reír con ella. Al instante paró.

—Oiga, no se ría de mi abuela. Yo me río porque es divertido… ¿Qué se puede hacer si mi abuela es así? Pero es que, a pesar de eso, yo la quiero un poquito. Bueno, pues entonces me riñó, volvió a sentarme inmediatamente en mi sitio y se acabó, ¡no había forma de moverse!

»Vaya, pero se me ha olvidado decirle que tenemos, bueno, que mi abuela tiene su propia casa, bueno, es una casita pequeña, de sólo tres ventanas, toda de madera y tan vieja como mi abuela. Pero arriba hay un entrepiso, y al entrepiso se trasladó un nuevo inquilino…

—Y ese inquilino era viejo, claro —comenté yo de paso.

—Por supuesto que lo era —respondió Nástenka—, y sabía estar callado mejor que usted. La verdad es que apenas abría la boca. Era un viejecito seco, mudo, ciego, cojo, así que al final no le fue posible vivir en este mundo, y se murió. Después necesitamos un inquilino nuevo porque no podemos vivir si no tenemos un inquilino, esto y la pensión de la abuela son casi todos nuestros ingresos. Como hecho a propósito, el nuevo inquilino era joven, un forastero que estaba de paso. Como no regateó, mi abuela dejó que se quedara y después me preguntó: «Dime, Nástenka, ¿nuestro

inquilino es joven?». Yo no quería mentirle: «Bueno, abuela, no es del todo joven pero no es viejo». «¿Y es de apariencia agradable?», pregunta mi abuela.

»Y ahora tampoco quería mentir: “Sí, abuela, es de apariencia agradable”, le digo. Y ella: «¡Ay, qué castigo, qué castigo! Y esto lo digo por ti, nieta, para que no te quedes embobada mirándolo. ¡Ay, qué tiempos estos! Un inquilino normal y encima de apariencia agradable, ¡igualito que antes!



»¡La abuela siempre está con el pasado! Que si era más joven antes, que si el sol calentaba más, que si la nata antes no se agriaba tan pronto, ¡siempre “antes”! Y yo me quedo sentada y en silencio, pero pensando: “¿Cómo es que la abuela me sugiere, me pregunta si el inquilino es guapo y joven?”. Pero sólo un momento, fue pensarlo y enseguida me puse otra vez a contar nudos, a zurcir medias, y lo olvidé completamente.

»Entonces una mañana viene el inquilino a decirnos que habíamos prometido empapelarle la habitación. Y hablando, hablando, pues mi abuela es palabrera, dice: “Nástenka, acércate al dormitorio y trae el ábaco”. Al momento me puse en pie toda colorada, no sé por qué, y se me olvidó que estaba enganchada. Para desengancharme a escondidas y que el inquilino no lo viera di tal tirón que el sillón de la abuela se movió. En cuanto comprendí que el inquilino se había dado cuenta, me puse colorada, me quedé clavada en el sitio y, de pronto, rompí a llorar, ¡tanta vergüenza y amargura sentía en esos momentos que sólo quería morirme! Mi abuela gritó: “¿Qué haces ahí parada?”, y yo aún peor… Y el inquilino, cuando vio que me daba vergüenza por él, se despidió y se fue.

»Desde entonces, en cuanto oía ruido en el zaguán, me asustaba. Es el inquilino que viene, pensaba, y por si acaso soltaba despacito el imperdible. Sólo que no era él, no venía. Pasaron dos semanas, el inquilino envía a Fiokla a decirnos que tiene muchos libros en francés y que son todos buenos, que se pueden leer, ¿no querría mi abuela que yo se los leyera y así no aburrirnos? Mi abuela accedió agradecida, aunque preguntaba si eran libros morales o no, porque si eran libros inmorales, entonces tú, Nástenka, me decía, no puedes leerlos de ninguna manera o aprenderás cosas malas.

»—¿Y qué es lo que voy a aprender, abuela? ¿Qué se escribe?

»—¡Ay! Pues describen cómo los jóvenes seducen a muchachas de buenas costumbres y cómo ellos, so pretexto de querer casarse con ellas, se las llevan de la casa paterna, y cómo después abandonan a su suerte a esas infelices muchachas y éstas se pierden de la forma más lamentable. Yo he leído muchos libros de esos —decía mi abuela—, y todo está descrito de una forma tan bonita que por la noche te quedas leyendo a escondidas. Así que tú, Nástenka, no los leas. ¿Qué libros nos ha enviado?

»—Son todos novelas de Walter Scott, abuela.

»—¡Novelas de Walter Scott! Vaya, ¿y no habrá aquí algún lío amoroso? Mira a ver, no haya metido alguna notita de amor.

»—No, abuela, no hay ninguna nota.

»—Pero mira debajo de la encuadernación, a veces las ponen ahí, ¡golfos!

»—Que no, abuela, que no hay nada debajo de la encuadernación.

»—Está bien…

»Y empezamos a leer a Walter Scott y más o menos en un mes casi nos habíamos leído la mitad. Después nos envió más. Nos envió a Pushkin y, al final, yo no podía estar sin libros y dejé de pensar en casarme con un príncipe chino.

»Y así estaban las cosas cuando resulta que un día me encuentro en la escalera con nuestro inquilino. La abuela me había enviado a buscar algo. Él se detuvo, yo enrojecí, y él también enrojeció. Sin embargo se echó a reír, me saludó, preguntó qué tal estaba mi abuela y dijo: "¿Qué tal, ha leído los libros?". Yo respondí: "Sí". "¿Y cuál le ha gustado más?". Y yo le digo: "*Ivanhoe* y Pushkin son los que más me han gustado". Y eso fue todo.

»Una semana después volví a encontrármelo en la escalera. Esta vez no me había enviado mi abuela, sino que yo necesitaba algo. Eran más de las dos y en ese momento él llegaba a casa. "Buenas tardes", me dice. Y yo: "Buenas tardes".

»—¿Y no se aburre todo el día junto a su abuela?

»En cuanto me lo hubo preguntado, yo enrojecí sin saber por qué, me sentía avergonzada y de nuevo ofendida, está claro que era porque otros habían empezado a hacer preguntas sobre ese tema. No quería responder, sólo marcharme, pero no tenía fuerzas.

»—Mire —me dice—, usted es una muchacha buena. Discúlpeme que le hable así, pero le aseguro que le deseo el bien más que su abuela. ¿No tiene ninguna amiga a la que ir a visitar?

»Le digo que no, que tuve una, Máshenka, pero que se marchó a Pskov.

»—¿Quiere venir al teatro conmigo? —me dice.

»—¿Al teatro? ¿Y qué le digo a mi abuela?

»—Pues a espaldas de su abuela…

»—No —le digo—, no quiero mentir a mi abuela. ¡Adiós!

»—Entonces adiós, pero yo no le he dicho nada.

»Y sólo después de comer vino a vernos. Se sentó, estuvo hablando mucho rato con la abuela, le preguntó cómo estaba, si iba a algún sitio, si tenía conocidos… y de pronto dice: “Pues hoy tenía un palco para la ópera, interpretan *El barbero de Sevilla*, unos conocidos querían ir, pero después me han dicho que no y ahora se me han quedado libres”.

»—*¡El barbero de Sevilla!* —gritó mi abuela—. ¿Es el mismo *Barbero* que interpretaban antaño?

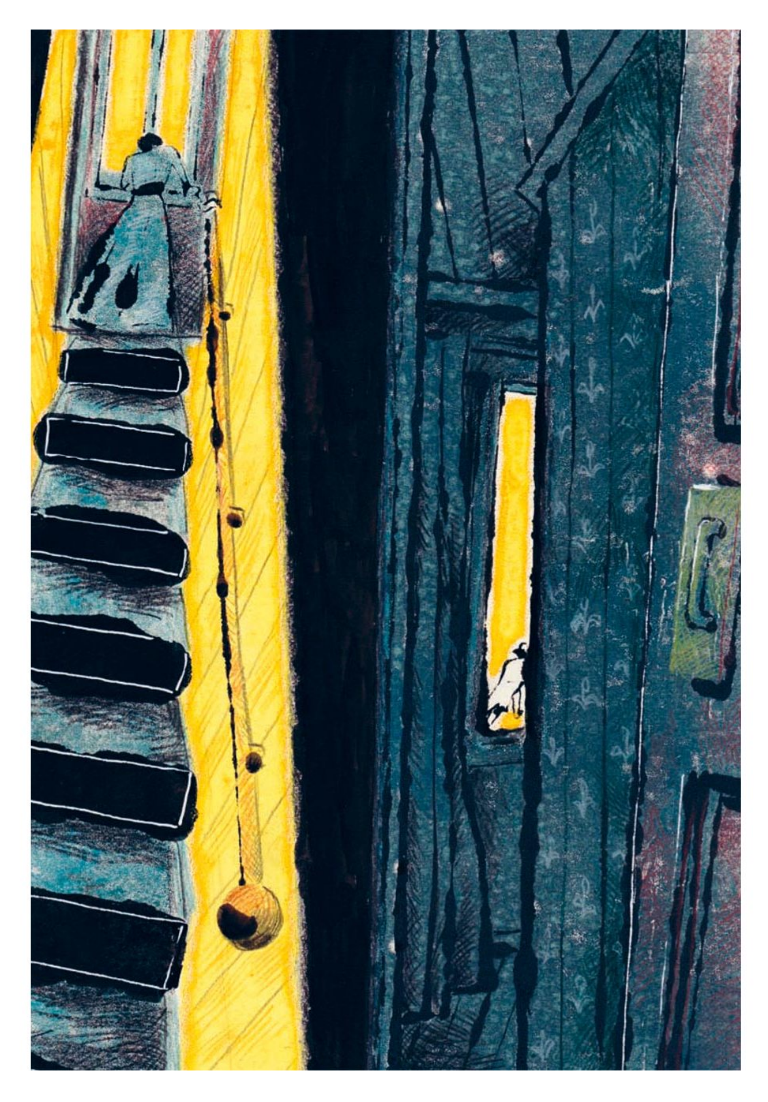
»—Sí, ese mismo *Barbero* —dijo él y me miró. Y entonces yo entendí todo y enrojecí, ¡el corazón me daba saltos de esperanza!

»—¡Cómo no voy a conocerlo! ¡Antaño hacía de Rosina en un teatro familiar!

»—¿Y no querrá ir hoy? —dijo el inquilino—. Perderé la entrada en vano.

»—Es posible que vayamos, ¿por qué no? Además, mi Nástenka nunca ha ido al teatro.

»¡Dios mío, qué alegría! Inmediatamente nos arreglamos, preparamos todo y nos fuimos. Aunque mi abuela está ciega, quería oír la música; además es una viejecita buena: quería que me divirtiera; solas nunca nos habríamos decidido. No le voy a contar mis impresiones de *El barbero de Sevilla*; sólo que durante toda la velada nuestro inquilino me estuvo mirando tan bien, habló tan bien, que al instante comprendí que esa mañana, al proponerme que fuera sola con él, buscaba ponerme a prueba. Bueno, ¡qué alegría! Me fui a dormir tan orgullosa, tan contenta, el corazón me latía tanto que tuve un poco de fiebre, y toda la noche la pasé delirando con *El barbero de Sevilla*.



»Yo creía que ahora él se pasaría más a menudo a vernos, pero no. Prácticamente dejó de venir. Y así solía pasarse una vez al mes y sólo para invitarnos al teatro. Fuimos otras dos veces más. Pero yo no estaba nada contenta. Me di cuenta de que simplemente sentía lástima de mí porque mi abuela me tenía algo descuidada, pero nada más. Y pasó el tiempo, y se apoderó de mí: no podía parar quieta, ni leer ni trabajar; a veces me reía y le llevaba la contraria a mi abuela; otras veces simplemente me echaba a llorar. Por último adelgacé y por poco no caí enferma. La temporada de ópera se

acabó y el inquilino dejó de venir. Si nos veíamos —siempre en la escalera, desde luego—, me saludaba en silencio, muy serio, como si no quisiera ni hablar, y en seguida salía al porche. Y yo me quedaba en la mitad de la escalera, roja como una guinda, porque toda la sangre se me subía a la cabeza en cuanto lo veía.

»Y ahora el final: justo hace un año, en mayo, el inquilino vino a decirle a mi abuela que ya había gestionado aquí todos sus asuntos y que debía irse otra vez un año a Moscú. En cuanto lo oí, palidecí y caí como muerta en la silla. Mi abuela no se dio cuenta de nada y él, habiéndonos informado de que nos dejaba, se despidió inclinando la cabeza y salió.

»¿Qué podía hacer? Le di muchas vueltas, estaba muy triste, pero al fin me decidí. Él se iba al día siguiente y yo decidí terminar con aquello esa noche, cuando la abuela se fuera a dormir. Y así fue. Metí en un hatillo todos los vestidos que tenía, la ropa blanca necesaria, y más muerta que viva, con el hatillo en las manos, subí al entrepiso, al cuarto de nuestro inquilino. Me parece que tardé una hora en subir la escalera. Cuando abrí su puerta, él lanzó un grito. Pensaba que era una aparición y corrió a darme agua, porque mis piernas apenas me sostenían. El corazón me latía con tal fuerza que me dolía la cabeza y el juicio se me nublaba. Cuando me hube recobrado, empecé por dejar el hatillo sobre su cama, me senté al lado, me cubrí con las manos y lloré a lágrima viva. Parece que él comprendió al instante y se quedó frente a mí, pálido y mirándome con tanta tristeza que se me partió el corazón.

»—Mire, Nástenka —empezó—, mire, no puedo: soy un hombre pobre, no tengo nada, ni siquiera un puesto decente, ¿cómo viviríamos si me casara con usted?

»Hablamos largo rato, pero al final me rebelé, dije que no podía vivir con la abuela, que me escaparía, que no quería que me engancharan a un imperdible y que, si él quería, me iría con él a Moscú porque no podía vivir sin él. La vergüenza, el amor y el orgullo, todo hablaba a la vez, y por poco no caí entre espasmos sobre la cama. ¡Tanto miedo tenía a un rechazo!



»Él se quedó quieto y en silencio unos minutos; luego se levantó, se acercó y me cogió la mano.

»—Escuche, mi querida, mi buena Nástenka —dijo también entre lágrimas—, escuche. Le juro que si alguna vez estoy en condiciones de casarme, usted será quien me hará feliz, le aseguro que sólo usted puede hacerme feliz. Escúcheme, me iré a Moscú y estaré allí justo un año. Espero poder arreglar unos asuntos. Cuando vuelva, y si usted no ha dejado de quererme, le juro que seremos felices. Pero ahora no es posible, no puedo, no tengo derecho

siquiera a prometerle nada. Se lo repito, si dentro de un año no ha sucedido, sucederá en algún momento. Por supuesto si usted no prefiere a otro, porque ni puedo ni me atrevo a comprometerla de palabra.

»Eso es lo que me dijo y al día siguiente se fue. Acordamos no decir ni una palabra a mi abuela. Así lo quería él. Bueno, y ahora mi historia casi se ha acabado. Ha pasado el año. Ha regresado, lleva aquí tres días y…

—¿Y qué? —exclamé impaciente por oír el final.

—¡Y de momento no ha aparecido! —respondió Nástenka reuniendo fuerzas—. No ha dado señales de vida…

Se interrumpió, se quedó callada, agachó la cabeza y de pronto, cubriéndose con las manos, rompió en tales sollozos que me dio un vuelco al corazón.

Nunca habría esperado ese desenlace.

—¡Nástenka —empecé con voz tímida y aduladora—, Nástenka! No llore, por el amor de Dios. ¿Y cómo lo sabe? Quizá todavía no haya venido…

—¡Está aquí, aquí! —repitió ella—. Está aquí, lo sé. Teníamos un acuerdo de entonces, de esa noche, la víspera de que partiera. Cuando ya habíamos dicho todo lo que le he contado y nos citamos, entonces salimos a pasear aquí, a esta orilla justamente. Eran las diez, nos sentamos en este banco, yo ya no lloraba, me agradaba oírle hablar… Dijo que en cuanto llegara, vendría a casa y que, si yo no le rechazaba, entonces le contaríamos todo a mi abuela. Pero ha vuelto, lo sé, ¡y no ha venido, no!

Y rompió a llorar de nuevo.

—¡Dios mío! ¿Acaso no hay forma de quitar las penas? —exclamé levantándome bruscamente de pura desesperación—. Dígame, Nástenka, ¿podría acercarme a verlo?

—¿Es eso posible? —preguntó alzando repentinamente la cabeza.

—No, ¡desde luego que no! —reaccioné—. ¡Ya está! Escríbale una carta.

—No, es imposible, ¡no puedo! —respondió categórica, pero ya había bajado la cabeza y no me miraba.

—¿Cómo que no se puede? ¿Por qué no se puede? —continué yo aferrándome a mi idea—. Depende de la carta, Nástenka, hay cartas

y cartas… Eso es, Nástenka. Confíe en mí, ¡confíe! No le aconsejaré mal. Podemos arreglarlo. Usted ya ha dado el primer paso y por eso ahora…

—¡No, es imposible! Sería como suplicarle…

—Ay, mi buena Nástenka —le corté yo sin ocultar una sonrisa—, no y no, usted está en su derecho porque él se lo prometió. Y por eso veo que es una persona delicada, que procedió bien —continué yo cada vez más entusiasmado por la lógica de mis propios argumentos y convicciones—. ¿Cuál fue su proceder? Hizo una promesa. Dijo que en ningún caso se casaría si no era con usted, si llegaba a casarse. Le dejó a usted plena libertad para rechazarlo incluso ahora… En tal caso usted puede dar el primer paso, tiene derecho, tiene usted preferencia incluso si quisiera, por ejemplo, librarle de la palabra dada…

—Dígame, ¿cómo escribiría usted?

—¿El qué?

—Pues esa carta.

—Escribiría: «Muy señor mío…».

—¿Seguro que eso es necesario, lo de «muy señor mío»?

—¡Segurísimo! ¿Por qué no? Creo que…

—Está bien, ¡siga!

—«Muy señor mío: Perdone que…». No, no hace falta disculparse. Los hechos justifican todo, escriba simplemente:

»Le escribo esta carta. Disculpe mi impaciencia, pero he sido feliz todo un año por la esperanza, ¿soy culpable por no poder soportar ahora ni un día de duda? Ahora que ha regresado, quizá sus intenciones hayan cambiado. Entonces esta carta le dirá que ni se lo reprocho ni lo culpo. No lo culpo porque yo no tengo poder sobre su corazón, ¡tal es mi destino!

»Es usted una persona generosa. No va a sonreír ni a enojarse por mis líneas impacientes. Recuerde que las ha escrito una pobre muchacha que está sola, que no tiene quien le enseñe ni a quien pedir consejo y que nunca ha sabido dominar su propio corazón. Pero disculpe que en mi alma, aunque sea por un solo instante, se haya colado una duda. Usted no es capaz de ofender siquiera de pensamiento a esta que tanto lo ha amado y que aún lo ama».

—¡Sí! ¡Eso es justo lo que yo había pensado! —gritó Nástenka y los ojos le resplandecían de dicha—. ¡Oh, ha resuelto mis dudas!

¡Dios lo ha enviado! ¡Gracias, gracias!

—¿Por qué? ¿Porque Dios me ha enviado? —respondí yo contemplando entusiasmado su alegre cara.

—Sí, aunque sea por eso.

—¡Ay, Nástenka! Si es que damos las gracias a otras personas sólo por vivir junto a nosotros. Yo le doy las gracias por haberme encontrado, ¡porque voy a recordarla toda mi vida!

—Bueno, ya es suficiente. Y ahora escuche: Entonces acordamos que en cuanto él llegara, me lo haría saber dejando una carta en un sitio, en casa de unos conocidos míos, gente buena y sencilla que no saben nada de todo esto. O si no era posible escribirme una carta, porque no siempre puede contarse todo en una carta, entonces el mismo día de su llegada vendría a las diez en punto aquí, donde habíamos decidido encontrarnos. Ya me he enterado de su regreso, pero es el tercer día sin carta y sin él. Por las mañanas no puedo alejarme de mi abuela de ninguna manera. Lleve usted mañana la carta a esa buena gente de la que le he hablado, ellos la reenviarán. Y si hay respuesta, tráigamela por la noche, a las diez.

—Pero ¿y la carta? Porque primero habrá que escribir la carta. Así que quizá esté para pasado mañana.

—La carta… —respondió Nástenka ligeramente confundida—, la carta…, bueno…

No terminó. Al principio me ocultó la cara, se puso colorada como una rosa y, de pronto, sentí en mi mano una carta, por lo visto escrita hacía tiempo, completamente lista y sellada. Un recuerdo familiar, agradable y gracioso me vino a la cabeza:

—Ro-si-i-na-a —empecé.

—¡Rosina! —cantamos los dos, yo a punto de abrazarla entusiasmado, ella colorada todo lo colorada que podía ponerse y riendo entre las lágrimas que, como perlas, temblaban en sus negras pestañas.

—Bueno, ¡ya es suficiente! Ahora despídase —dijo atropellándose—. Ahí tiene la carta y la dirección para llevarla. ¡Adiós! ¡Hasta la vista! ¡Hasta mañana!

Me apretó las manos con fuerza, asintió con la cabeza y voló como una flecha hacia su travesía. Me quedé largo rato inmóvil y siguiéndola con la mirada.

«¡Hasta mañana! ¡Hasta mañana!», resonaba en mi cabeza

cuando ella hubo desaparecido.

Tercera noche

Hoy el día ha sido triste, lluvioso, sin claros, igual que mi futura vejez. Me oprimen unos pensamientos muy extraños, unas sensaciones muy sombrías, unas cuestiones aún nada claras se agolpan en mi cabeza, pero no tengo fuerzas ni ganas de resolverlas. ¡No soy yo quien debe resolverlas!

Hoy no nos veremos. Ayer, al despedirnos, las nubes empezaban a cubrir el cielo y la niebla se levantó. Yo dije que el día siguiente sería malo, ella no respondió; no quería decir nada que la contrariara; para ella el día sería luminoso y claro y ni una nube empañaría su felicidad.

—Si llueve, no nos veremos —dijo—, no vendré.

Yo pensaba que ni notaría la lluvia de hoy, pero no ha venido.

Ayer fue nuestra tercera cita, nuestra tercera noche blanca…



A pesar de todo, ¡la alegría y la felicidad hacen bueno a un hombre! ¡Cómo bulle el corazón con el amor! Parece como si quisieras verter todo tu corazón en otro corazón, quieres que sólo haya alegría, que sólo haya risas. ¡Y qué contagiosa es la alegría! Ayer en sus palabras había tanta ternura, tanta bondad de corazón… ¡Cómo me cuidó, cuántas carantoñas me hizo! ¡Cómo animó y aduló a mi corazón! ¡Cuánta coquetería de felicidad! Y yo…, yo me lo tomé en serio, creí que ella…

Dios mío, ¿cómo pude creerlo? ¿Cómo pude ser tan ciego

cuando todo eso era de otro, cuando nada de eso era mío? Cuando, en resumen, esa ternura suya, su preocupación y su amor…, sí, su amor por mí no era otra cosa que alegría por la inminente cita con otro, el deseo de imponerme su felicidad. Cuando él no vino, cuando hubimos esperado en vano, ella se enfurruñó, se sofocó y acobardó. Todos sus movimientos, todas sus palabras ya no eran tan ligeras, vivas y alegres. Y, cosa extraña, redobló sus atenciones hacia mí, como si instintivamente deseara verter sobre mí lo que ella deseaba, porque temía que no llegara a cumplirse. Mi Nástenka estaba tan aturdida, tan asustada que creo que, al fin, comprendió que yo la quería y se apiadó de mi pobre amor. Sí, cuando somos desgraciados, sentimos más la desdicha de los otros; el sentimiento no se divide, sino que se concentra.

Fui a verla con el corazón colmado y casi sin poder esperar más. No presentía lo que iba a sentir, no presentía que todo acabaría de otra manera. Estaba radiante de alegría, esperaba una respuesta. La respuesta era él en persona. Él debía venir, acudir corriendo a su llamada. Ella había llegado una hora antes que yo. Al principio se carcajeaba de todo, cada palabra mía le hacía reír. Yo me callé sin haber terminado de hablar.

—¿Sabe por qué estoy tan contenta? —dijo ella—. ¿Por qué estoy tan contenta de verlo? ¿Por qué lo quiero tanto hoy?

—¿Y bien? —pregunté yo, y mi corazón empezó a temblar.

—Pues lo quiero porque usted no se ha enamorado de mí. Y es que cualquier otro en su lugar habría empezado a molestarme, a importunarme, habría suspirado o habría caído enfermo de amor, pero ¡usted es tan bueno!

Y estrechó tanto mi mano que, por poco, no grité. Ella se echó a reír.

—¡Qué buen amigo! —dijo muy seria poco después—. ¡Dios lo ha enviado! ¿Qué sería de mí si usted no estuviera ahora conmigo? ¡Es tan desinteresado! ¡Cuánto me quiere! Cuando me case, estaremos muy unidos, más que hermanos. Voy a quererlo casi tanto como a él.

En ese momento me sentí terriblemente triste; sin embargo, algo parecido a una risa se removió en mi alma.

—Es un arrebato —dije—; se está acobardando, cree que no va a venir.

—¡Dios le perdone! —respondió ella—, si fuera menos feliz, creo que me habría echado a llorar por su incredulidad, por sus reproches. Por cierto, que me ha dado una idea y me ha hecho reflexionar, pero ya pensaré después; ahora le confesaré que ha dicho la verdad. ¡Sí! Estoy fuera de mí. Estoy un poco a la expectativa y percibo todo como superficialmente. Pero ya está bien, ¡dejemos de hablar de sentimientos!

En ese momento se oyeron unos pasos y, de la oscuridad, surgió un transeúnte que venía en nuestra dirección. Ambos nos echamos a temblar; ella ahogó un grito. Yo liberé su mano e hice ademán de irme. Pero nos habíamos engañado: no era él.

—¿De qué tiene miedo? ¿Por qué ha soltado mi mano? —dijo ella mientras me la ofrecía de nuevo—. ¿Qué le vamos a hacer? Lo recibiremos juntos. Quiero que él vea cómo nos queremos.

—¡Cómo nos queremos! —grité yo.

«¡Ay, Nástenka, Nástenka —pensé—, cuánto has dicho en esa palabra! Por un amor así, Nástenka, en otro momento el corazón se hiela y sientes un peso en el alma. Tu mano está fría; la mía, caliente como el fuego. ¡Qué ciega estás, Nástenka!… ¡Ah, qué insoportable puede ser una persona feliz en determinados momentos! Pero no puedo enfadarme contigo…».

Al fin mi corazón se desbordó:

—¡Escúcheme, Nástenka! —exclamé—, ¿sabe qué es lo que me ha pasado hoy?



—¿El qué? ¡Cuéntemelo cuanto antes! Pero ¿cómo es que no lo ha contado hasta ahora?

—En primer lugar, cuando hube cumplido con todos sus encargos, Nástenka, entregué la carta, estuve donde su buena gente, después…, después llegué a casa y me acosté.

—¿Y ya? —me interrumpió riéndose.

—Sí, y ya, casi —respondí yo a regañadientes, porque ya se me habían acumulado unas lágrimas tontas—. Me desperté una hora antes de nuestro encuentro, pero era como si no hubiese dormido. No sé qué me ocurría. Anduve para contarle todo esto, como si el tiempo se hubiera detenido para mí, como si una única emoción, un único sentimiento debiera quedarse conmigo desde ahora y para siempre, como si un único minuto debiera prolongarse toda la eternidad; parecía que la vida se había detenido para mí… Cuando me desperté, creí recordar cierto motivo musical conocido desde hace mucho, oído antes en algún sitio, olvidado y dulzón. Me parecía que hacía brotar toda mi vida y sólo ahora…

—¡Ah, Dios mío! —me interrumpió Nástenka—. Pero ¿qué es todo esto? ¡No entiendo ni una sola palabra!

—¡Oh, Nástenka! De alguna manera, quería contarle esa extraña impresión… —empecé yo con voz lastimera donde todavía se ocultaba la esperanza, aunque muy débil.

—¡Ya basta, déjelo, basta! —empezó a hablar; al momento lo había adivinado, ¡qué pilla!

De repente, se volvió excesivamente habladora, alegre, traviesa. Me cogió del brazo, se reía, quería que yo también me riera, y a cada palabra mía confusa respondía con una risa sonora, larga… Yo empezaba a enfadarme, y ella se lanzó a coquetear.

—Oiga —dijo—, pues a mí me molesta un poco que usted no se haya enamorado de mí. ¡Intente comprender a una persona así! Aun así, señor inquebrantable, no puede por menos que elogiarme por ser tan simple. Yo le cuento todo, todo, sea cual sea la tontería que se me pase por la cabeza.

—¡Escuche! Ya son las once, ¿no? —dije cuando el sonido regular de una campana empezó a tañer en una torre lejana en la ciudad. Ella se paró, dejó de reírse y se puso a contar.

—Sí, las once —dijo al fin con voz apocada, insegura.

Enseguida me arrepentí de haberla asustado, de haberla obligado a contar las horas, y me maldije por ese arrebato de maldad. Me dio pena y no sabía cómo expiar mi falta. Empecé a consolarla, a buscar motivos de su ausencia, a ofrecer diferentes motivos, argumentos. En ese momento era la persona más fácil de engañar; claro que todos, en un momento así, escucharíamos con alegría el consuelo que fuera y nos pondríamos bien contentos sólo con una sombra de justificación.

—Pero es gracioso —empecé yo cada vez más acalorado y encantado con la claridad de mis argumentos—, no es posible que venga. Me ha engañado y cautivado, Nástenka, y por eso he perdido la noción del tiempo. Pero piense, acaba de recibir la carta; supongamos que le es imposible venir, supongamos que responde; entonces la carta no llegará antes de mañana. Mañana pasaré a buscarla al despuntar el día y le informaré enseguida. Podemos ofrecer miles de conjeturas; por ejemplo, que no estaba en casa cuando llegó la carta o quizá que todavía no la ha leído. Porque puede pasar de todo.

—Sí, sí —respondió Nástenka—, no lo había pensado; claro que puede pasar de todo —continuó con voz más complaciente, pero en la que sonaba, como una disonancia molesta, algún otro pensamiento lejano—. Esto es lo que va a hacer: vaya mañana lo más pronto posible y, si recibe algo, hágamelo saber al punto. Porque sabe dónde vivo, ¿verdad? —y empezó a repetirme su dirección.

Y luego se volvió tan cariñosa, tan tímida conmigo… Parecía estar escuchando atentamente todo lo que yo le decía, pero cuando le hice una pregunta, guardó silencio confundida y ocultó la cara. La miré a los ojos; en efecto, estaba llorando.

—¿Será posible? Ay, ¡no sea niña! ¿Qué chiquillada es esta? ¡Ya basta!

Ella intentó sonreír, tranquilizarse, pero su barbilla temblaba y su pecho seguía agitado.

—Pensaba en usted —dijo tras un minuto de silencio—, es usted tan bueno que yo sería de piedra si no lo sintiera… ¿Sabe qué se me ha ocurrido? Los he comparado a ustedes dos. ¿Por qué él no es usted? ¿Por qué él no es como usted? Es peor que usted, aunque yo lo quiero a él más que a usted.

Yo no respondí. Parecía que ella aguardaba a que yo dijera algo.

—Claro que puede ser que yo no lo comprenda en absoluto, que no lo conozca. ¿Sabe?, es como si siempre lo hubiera temido; siempre era tan serio, como orgulloso. Claro que sé que sólo su mirada es así, que en su corazón hay más dulzura que en el mío… Recuerdo cómo me miró entonces, cuando fui a verlo con el hatillo, ¿se acuerda? Pero aun así, lo respeto demasiado, como si no fuéramos iguales.



—No, Nástenka, no —respondí yo—, eso significa que lo quiere más que a nada en el mundo y bastante más que a sí misma.

—Sí, supongamos que es así —respondió Nástenka, inocente—, pero ¿sabe lo que se me ha ocurrido? Ahora no voy a hablar de él, sino en general; hace mucho que se me ocurrió esto. Escuche, ¿por qué no somos todos como hermanos? ¿Por qué la mejor persona pareciera que siempre esconde y calla algo? ¿Por qué no decimos lisa y llanamente lo que tenemos en el corazón si sabemos que no son palabras lanzadas al viento? Y no que todos tenemos una

mirada más severa de como es en realidad; pareciera que todos temieran ofender sus propios sentimientos si los muestran muy pronto…

—Ay, Nástenka, lo que dice es verdad, pero eso ocurre por muchas razones —la interrumpí yo, reprimiendo mis sentimientos más que nunca.

—¡No, no! —respondió con gran sentimiento—. Usted, por ejemplo, no es como los otros. La verdad es que no sé cómo contarle lo que siento, pero me parece que usted, por ejemplo…, como si ahora…, me parece que está sacrificando algo por mí —añadió vacilando y mirándome fugazmente—. Perdóneme que se lo diga así, soy una muchacha sencilla; es poco lo que he visto del mundo y, la verdad, a veces no sé hablar —su voz temblaba por algún sentimiento oculto y, al mismo tiempo, intentaba sonreír—. Pero me gustaría decirle que le estoy muy agradecida y que yo también lo siento así… ¡Ay, quiera Dios que sea feliz! Lo que me contó entonces sobre su soñador es completamente falso; quiero decir que no se refiere a usted. Se está recuperando, es una persona diferente a la que describió, de verdad. Si alguna vez quiere a alguien, ¡quiera Dios bendecirle con ella! Y a ella no le deseo nada, porque va a ser feliz con usted. Lo sé, yo misma soy mujer, debe creerme si se lo digo…

Se calló y me estrechó con fuerza la mano. Yo tampoco podía hablar de la emoción. Pasaron unos minutos.

—Sí, está claro que hoy no va a venir —dijo al fin levantando la cabeza—. Es tarde.

—Vendrá mañana —dije con la voz más convincente y firme.

—Sí —añadió ella alegre—. También yo siento que vendrá mañana. Bueno, así que hasta la vista, ¡hasta mañana! Si llueve, puede que no venga. Pero pasado mañana sí, vendré sin falta, no importa lo que me ocurra. Venga usted sin falta, quiero verlo, le contaré todo.

Y después, al despedirnos, me dio la mano y dijo con mirada clara:

—Porque ahora estaremos juntos para siempre, ¿verdad?

¡Oh, Nástenka, Nástenka! ¡Si supieras lo solo que estoy!

Cuando dieron las nueve ya no podía estar en la habitación, me vestí y salí a pesar del mal tiempo. Estuve allí, me senté en nuestro

banco. Iba a entrar en su travesía, pero me dio vergüenza y di la vuelta sin mirar hacia sus ventanas, sin llegar a dos pasos de su casa. Llegué a casa más melancólico que nunca. ¡Qué tiempo tan húmedo, aburrido! Si hubiera hecho buen tiempo, habría paseado por allí toda la noche…

Pero hasta mañana, ¡hasta mañana! Mañana me contará todo.

Sin embargo, hoy no ha habido carta. Claro que debe ser así. Ya están juntos.

Cuarta noche

¡Dios mío, cómo acabó todo! ¡Cómo acabó!

Llegué a las nueve, ella ya estaba allí. Ya de lejos reparé en ella. Estaba como entonces, como la primera vez, acodada en la baranda de la orilla y no oyó que me había acercado.

—¡Nástenka! —la llamé conteniendo la emoción a duras penas.

Se giró rápidamente.

—¡Vamos —dijo—, vamos, deprisa!

La miré perplejo.

—A ver, ¿dónde está la carta? ¿Ha traído la carta? —repitió sujetándose a la barandilla.

—No, no tengo ninguna carta —dije yo al fin—, ¿acaso no ha venido?

Palideció terriblemente y se quedó mirándome inmóvil. Yo había quebrado su última esperanza.

—Bien, ¡Dios le guarde! —dijo al fin con la voz rota—, Dios le guarde si es que me abandona así.

Bajó la mirada, después quiso alzarla pero no pudo. Pocos minutos después se había sobrepuesto a la emoción; sin embargo, de repente se dio la vuelta, se acodó en la balaustrada de la orilla y se anegó en llanto.

—Basta, no llore —empecé yo, pero al mirarla me faltaron las fuerzas para seguir; además, ¿qué le iba a decir?

—No intente consolarme —decía ella llorando—, no me hable de él, no me diga que va a venir, que no me ha dejado con tanta crueldad, tan inhumanamente como lo ha hecho. ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Acaso había algo en mi carta, en esa infeliz carta?

Los sollozos le rompieron la voz, se me partía el corazón al verla.

—¡Ah, qué inhumano y cruel! —volvió a empezar—. Y ni una línea, ¡ni una! Al menos, responder que no me necesitaba, que me rechazaba, pero ¡ni una sola línea en tres días! ¡Qué fácil le resulta herir, ofender a una pobre muchacha indefensa, culpable de quererlo! ¡Ah, cuánto he soportado estos tres días! ¡Dios mío, Dios mío! Cuando recuerdo que yo fui a él la primera vez, que me humillé, lloré, que le imploré aunque fuera una gota de amor… y después de todo eso… Escuche —se dirigió a mí y sus ojos negros comenzaron a brillar—, pero no es así, no puede ser así, ¡no es natural! O usted o yo nos hemos engañado, quizá no haya recibido la carta. ¿Quizá todavía no sepa nada? ¿Cómo es posible? Júzguelo usted, dígamelo, por el amor de Dios, explíquemelo porque yo no puedo entenderlo: ¿Cómo se puede obrar de una forma tan bárbara y grosera como él lo ha hecho conmigo? ¡Ni una sola palabra! Hasta con el hombre más insignificante del mundo se tiene más compasión. ¿Quizá haya oído algo? ¿Quizá le hayan contado algo sobre mí? —exclamó girándose hacia mí para preguntarme—. ¿Usted qué cree?

—Escuche, Nástenka, iré mañana a verlo de parte de usted.

—Bien.

—Le preguntaré todo, se lo contaré todo.

—Bueno.

—Escriba usted una carta. No diga que no, Nástenka, no lo diga. Le obligaré a respetar su comportamiento, se enterará de todo y si…

—No, amigo mío, no —me interrumpió—, ya basta. Ni una palabra más, ni una sola palabra mía, ni una línea, es suficiente. No lo conozco, ya no lo quiero, yo lo… ol… vidaré…

No acabó de hablar.

—¡Tranquilícese, tranquilícese! Siéntese, Nástenka —le dije y la senté en el banco.

—Pero si estoy tranquila. Ya basta. Ha pasado. Las lágrimas se secarán. ¿Qué cree, que voy a echarme a perder, que voy a tirarme al agua?

Mi corazón rebosaba, quería hablar pero no podía.

—Dígame —ella agarró mi mano y siguió—, usted no habría actuado así, ¿no? Usted no habría abandonado a quien fue a usted

por sí sola, usted no le habría lanzado burlas descaradas a un corazón débil y bobo. Usted habría cuidado de ella, ¿no? Usted se habría dado cuenta de que ella está sola, que ella no había sabido protegerse de su amor por usted, que no es culpable, no, que ella no es culpable… ¡que ella no ha hecho nada!… Ay, Dios mío… Dios mío…

—¡Nástenka! —grité yo al fin incapaz de contener la emoción—. ¡Nástenka! Está lastimando mi corazón, me mata usted, Nástenka, ¡no puedo callar más! Debo contárselo, decirle qué oprime mi corazón…

Mientras hablaba, me había incorporado un poco. Ella me tomó de la mano y me miró sorprendida.

—¿Qué le ocurre? —articuló al fin.

—¡Escúcheme —dije resuelto—, Nástenka, escúcheme! Todo lo que voy a decirle ahora es una tontería, es irrealizable, es absurdo. Sé que nunca sucederá, pero no puedo callar más. En nombre de eso que ahora le hace sufrir, le suplico de antemano que me perdone.

—Pero ¿por qué? —dijo ella ya sin llorar y mirándome fijamente al mismo tiempo que una extraña curiosidad brillaba en sus sorprendidos ojos—. ¿Qué le ocurre?

—Es irrealizable, pero la quiero, Nástenka, eso es lo que me ocurre. Bueno, ya lo he dicho —dije con un ademán—. Ahora usted verá si puede hablar conmigo como ha hablado ahora mismo, si puede al fin oír lo que voy a decirle…

—Pero, pero… ¿y qué? —me interrumpió—. Hace mucho que sé que me quiere, pero siempre me parecía que, bueno, que usted me quería así, de cualquier manera, sencillamente. ¡Ay, Dios mío!

—Al principio era sencillo, Nástenka, pero ahora, ahora… estoy justo igual que usted cuando fue a verlo a él con su hatillo. Peor que usted, Nástenka, porque él entonces no quería a nadie, pero usted sí.

—¿Por qué me dice eso? No lo comprendo. Pero, dígame, ¿para qué me cuenta…? Bueno, no para qué, sino por qué así, tan de repente… ¡Dios, estoy diciendo tonterías! Pero es que usted…

Nástenka estaba completamente confundida. Sus mejillas ardían; bajó la vista.



—¿Qué puedo hacer, Nástenka, qué? Es culpa mía, me he aprovechado… Pero no, no, no es culpa mía, lo oigo, lo siento porque mi corazón me dice que tengo razón, porque yo no puedo hacerle daño, no puedo ofenderla. He sido su amigo, y ahora soy su amigo, no he cambiado en nada. Y ahora se me caen las lágrimas, bueno, dejemos que caigan, no molestan a nadie, que sigan

cayendo. Se secarán, Nástenka…

—Siéntese, siéntese usted —dijo ella tirando de mí hacia el banco—. ¡Ay, Dios mío!

—No, Nástenka, no voy a sentarme, no puedo seguir aquí, ya no me verá más. Se lo diré todo y me iré. Sólo quiero decirle que usted nunca habría sabido que la quiero. Yo habría guardado el secreto. Yo no habría empezado a atormentarla con mi egoísmo, claro que no. Pero ahora no he podido contenerme, usted misma ha empezado a hablar del tema, usted es la culpable, usted tiene la culpa de todo, no yo. No puede echarme…

—Que no, que yo no lo rechazo —dijo Nástenka ocultando como podía su confusión, la pobre.

—¿Usted no me echa? Pero yo sí desearía escapar de usted. Y me iré, sólo que antes le contaré todo, porque mientras usted hablaba, yo no podía quedarme sentado, mientras usted lloraba, cuando usted se torturaba por… bueno, por —voy a ponerle nombre, Nástenka— haber sido rechazada, porque han rechazado su amor; yo sentía, yo entendía que mi corazón tenía tanto amor para usted, Nástenka, ¡tanto amor! Y era tan amargo no poder ayudarla con este amor que mi corazón se desgarraba y yo… yo no podía callar, tenía que hablar, Nástenka, ¡tenía que hablar!

—Sí, sí, hábleme, hable conmigo —dijo Nástenka con un movimiento inexplicable—. A lo mejor le resulta extraño que le diga esto, pero… ¡hable! Después hablaré yo, ¡después yo le contaré todo!

—Me daba pena, Nástenka, me daba pena, amiga mía. Lo pasado, pasado está. La palabra dicha ya no puede volver, ¿no es así? Y ahora sabrá todo. Así que este es el punto de partida. Está bien. Ahora todo está muy bien, usted sólo escuche. Mientras estaba usted aquí sentada y llorando, yo pensaba para mí —¡oh, déjeme decir qué he pensado!—, pensaba que… —bueno, por supuesto que no es posible, Nástenka—, yo pensaba que usted…, que usted de alguna manera…, bueno, que de alguna forma completamente ajena, ya no lo quería. Ayer lo pensé, y anteayer ya lo había pensado, y entonces, Nástenka, yo habría actuado para…, sin duda habría actuado de forma que usted me quisiera, porque usted ha dicho, usted misma lo dijo, Nástenka, que ya casi me quería. ¿Y qué más? Pues esto es casi todo lo que quería decirle, sólo me queda

contarle qué habría ocurrido si usted me hubiera querido, sólo eso, nada más. Escuche, amiga mía, porque a pesar de todo es usted mi amiga, yo, claro está, soy un hombre sencillo, pobre, tan insignificante, pero no se trata de eso —no hago más que decir lo que no es, Nástenka; es porque estoy azorado—, yo la querría tanto, tantísimo, que si usted lo quisiera a él y continuara queriendo a aquel que no conozco, usted no sentiría mi amor como una carga. Usted sólo oiría, usted sólo sentiría a cada minuto que un corazón agradecido, un corazón agradecido y cálido, late a su lado, por usted… ¡Oh, Nástenka! ¿Qué me ha hecho?

—No llore, no quiero que llore —dijo Nástenka levantándose rápidamente del banco—, vamos, póngase de pie, venga conmigo, pero no llore, no llore —decía secándome las lágrimas con su pañuelo—, venga, vamos, quizá le cuente algo… Sí, ya que él me ha dejado, ya que me ha olvidado, aunque todavía lo quiera —no voy a engañarle—… pero respóndame. Si yo, por ejemplo, lo quisiera a usted, es decir, si yo… ¡Ay, amigo mío! Cuando pienso en cómo le he insultado antes, en cómo me he burlado de su amor cuando le elogié por no haberse enamorado de mí… ¡Dios mío! ¿Cómo he podido no verlo? ¿Cómo he sido tan tonta? Pero… estoy decidida, le contaré todo…

—Mire, Nástenka, me voy, no hago más que torturarla. Ahora tiene remordimientos por haberse reído y yo no quiero, sí, no quiero que usted, además de su pena… Sí, la culpa es mía, Nástenka, ¡adiós!

—¡Espere! Aún no he terminado, ¿puede esperar?

—¿Esperar? ¿El qué?

—Yo lo quiero, pero se me pasará, se me tiene que pasar, es imposible que no se me pase; ya se me está pasando, puedo sentirlo… ¿Quién sabe? A lo mejor se termina hoy porque lo odio, porque se ha burlado de mí, mientras que usted ha llorado aquí conmigo, y por eso usted no me habría rechazado como él, porque usted me quiere y él no me quería, y porque, por último, yo lo quiero a usted… ¡Sí, lo quiero! Lo quiero como usted me quiere a mí, yo misma se lo había dicho antes, usted lo ha oído, lo quiero porque es usted mejor que él, porque es más agradecido que él, porque él…

La pobrecita estaba tan alterada que no pudo terminar, apoyó la

cabeza en mi hombro, luego en mi pecho y se echó a llorar amargamente. Yo la consolaba, la convencía, pero ella no podía parar; no hacía más que apretarme la mano y decir entre sollozos: «Espere, espere, enseguida paro. Quiero decirle… No crea usted que estas lágrimas… son sólo de debilidad, espere a que se me pase…». Por fin paró, se secó las lágrimas y echamos de nuevo a andar. Me hubiera gustado hablar, pero ella siguió pidiéndome que esperara. Los dos guardamos silencio. Por fin recobró el ánimo y empezó a hablar.

—Y bien —empezó con voz débil y temblorosa, pero en la que ya resonaba algo que se me clavó directo en el corazón y le provocó dulce dolor—, no crea que soy tan inestable e inconstante, no crea que puedo olvidar y traicionar con tanta ligereza y rapidez. Un año entero lo he querido y juro por Dios que nunca, ¡nunca! le he sido infiel ni siquiera de pensamiento. Y él lo ha despreciado, él se ha reído de mí, ¡Dios le ampare! Pero ha herido e insultado a mi corazón. Yo… yo no lo quiero porque yo sólo puedo querer lo magnánimo, lo comprensivo, lo agradecido, porque yo misma soy así y él no es digno de mí, ¡Dios le ampare! Ha sido mejor que si yo me hubiera engañado con mis esperanzas y hubiera averiguado que era así… Bueno, ¡se acabó! Pero ¿quién sabe, mi buen amigo —continuó ella estrechándome la mano—, quién sabe si quizá todo mi amor no era un engaño de los sentimientos, una fantasía, quizá empezó como una chiquillada, por una tontería, porque estaba bajo la vigilancia de mi abuela? Quizá yo deba querer a otro, no a él, no a alguien así, sino a otro que se apiade de mí y… y… Bueno, dejémoslo —se interrumpió Nástenka ahogada de emoción—, yo sólo quería decirle…, yo quería decirle que, a pesar de que lo quiero a él —no, de que lo quería—, a pesar de eso, si usted todavía diría…, si usted siente que su amor es tan grande que puede desplazar en mi corazón al de antes, si usted quiere apiadarse de mí, si no quiere dejarme sola con mi destino, sin consuelo, sin esperanzas, si quiere quererme siempre como me quiere ahora, entonces le juro que mi agradecimiento…, que mi amor será al fin digno de su amor… ¿Va a prestarme su apoyo?

—¡Nástenka! —exclamé yo ahogándome por los sollozos—, Nástenka, ay, Nástenka…

—Bueno, ya basta, es suficiente, ahora sí que es suficiente —dijo

ella dominándose a duras penas—, ahora ya está todo dicho, ¿verdad? Usted es feliz y yo soy feliz, ni una palabra más sobre esto, espere, apiádese de mí… Hable de cualquier otra cosa, por el amor de Dios…

—Sí, Nástenka, dejemos de hablar de esto, ahora soy feliz, yo… Bien, Nástenka, hablemos de otra cosa, rápido, de otra cosa. Sí, estoy listo.



No sabíamos qué decir, reíamos, llorábamos, dijimos miles de

palabras sin relación ni sentido; tan pronto íbamos por la acera como nos dábamos la vuelta y empezábamos a cruzar la calle, después nos parábamos y volvíamos a cruzar a la orilla; éramos como niños…

—Ahora vivo solo, Nástenka —empezaba yo—, y mañana…, bueno, claro, ya sabe que soy pobre, Nástenka, sólo tengo mil doscientos, pero no pasa nada…

—Naturalmente que no, pero mi abuela tiene una pensión, ella no nos molestará. Tenemos que llevarnos a mi abuela.

—Claro, tenemos que llevárnosla. Sólo que Matriona…

—Ah, ¡y nosotras tenemos a Fiokla!

—Matriona es buena, tiene un único defecto: no tiene imaginación, Nástenka, ninguna imaginación, pero no pasa nada.

—Da igual, las dos pueden estar juntas, pero mañana múdese a nuestra casa.

—¿Cómo? ¡A su casa! De acuerdo, estoy dispuesto.

—Sí, vivirá de alquiler con nosotras. Arriba tenemos el entrepiso, está vacío. Había una inquilina, una viejecita, noble; se ha ido y sé que mi abuela quiere que venga alguien joven. Yo le digo: «¿Por qué joven?». Y ella: «Por nada, yo ya soy vieja, pero no pienses que quiero casarte con él, Nástenka». Pero intuyo que es por eso…

—¡Oh, Nástenka!

Y los dos nos echamos a reír.

—Bueno, ya está bien. ¿Dónde vive usted? Se me ha olvidado.

—Donde el puente***, en la casa Baránnikov.

—¿Es esa casa tan grande?

—Sí, esa tan grande.

—Ah, la conozco, es una buena casa, pero, ¿sabe?, déjela y véngase a la nuestra enseguida.

—Mañana mismo, Nástenka, mañana mismo; debo un poco del alquiler, pero no pasa nada… Voy a cobrar el sueldo enseguida.

—¿Sabe? Puede que yo dé clases; aprenderé y daré clases…

—Qué bien… A mí me van a dar una distinción muy pronto.

—Entonces, mañana será nuestro inquilino.

—Sí, e iremos a ver *El barbero de Sevilla* porque pronto volverán a representarlo.

—Iremos, sí —Nástenka se reía—; no, mejor no vayamos a ver

El barbero, sino otra…

—Está bien, otra, será mejor, no lo había pensado.

Mientras hablábamos, ambos caminábamos como embriagados, como en una nube, como si no supiéramos qué estábamos haciendo. Bien nos deteníamos y hablábamos largo rato en el mismo sitio, bien echábamos de nuevo a andar, Dios sabrá hacia dónde, y de nuevo risas, y de nuevo lágrimas… Entonces Nástenka quiso irse a casa, yo no me atreví a retenerla y quise acompañarla hasta la misma puerta; nos pusimos en camino y entonces, al cabo de cuarto de hora, estábamos en la orilla, en nuestro banco. Entonces ella suspiró, y las lágrimas acudieron de nuevo a sus ojos. Yo vacilo, siento frío… Pero al instante, ella me aprieta la mano y tira de mí para volver a andar, charlar, hablar…

—Es hora de que me vaya a casa, creo que es muy tarde —dijo Nástenka al fin—, ¡ya basta de tanta chiquillada!

—Sí, Nástenka, aunque yo no puedo dormir; no voy a ir a casa.

—Creo que yo tampoco podré dormir, acompáñeme…

—¡Sin falta!

—Pero esta vez llegaremos hasta mi casa.

—Seguro, seguro.

—¿Palabra de honor? Porque alguna vez tendremos que volver a casa…

—Palabra de honor —respondí yo riéndome.

—Bien, vamos.

—Vamos.

—Mire el cielo, Nástenka, mañana será un día maravilloso, qué cielo tan azul, ¡qué luna! Vea, esa nube amarilla va a taparla, ¡vea, vea!… No, ha pasado de largo, ¡vea!

Pero Nástenka no miraba la nube, estaba quieta y parada, como clavada en la tierra. Poco después se volvió como temerosa, se apretó contra mí. Su mano temblaba en la mía, la miré… Se apoyó en mí con más fuerza aún.

En ese momento un joven pasó por nuestro lado. Se paró, nos miró fijamente y dio unos pocos pasos más. Mi corazón empezó a temblar.

—Nástenka —dije yo a media voz—, ¿quién es, Nástenka?

—¡Es él! —susurró ella acercándose y temblando más aún. Yo apenas podía tenerme en pie.

—¡Nástenka! ¡Eres tú, Nástenka! —se oyó una voz detrás de nosotros y, en ese momento, el joven dio varios pasos hacia nosotros.

¡Qué grito, Dios mío! ¡Cómo se estremeció ella! ¡Cómo se soltó de mis brazos y voló a su encuentro!… Yo me quedé parado mirándolos, como un muerto. Pero apenas le había alargado la mano, apenas se había lanzado a sus brazos, cuando se giró de nuevo hacia mí, apareció junto a mí rápida como el viento, como un rayo, y antes de que yo me hubiera dado cuenta, me abrazó por el cuello y me besó fuerte, cálidamente. Después, sin haberme dicho ni una palabra, corrió de nuevo con él, lo cogió de la mano y lo arrastró tras de sí.

Yo me quedé largo rato siguiéndolos con la mirada… Finalmente los dos desaparecieron de mi vista.



La mañana

Mis noches se acabaron una mañana. Fue un día malo, la lluvia golpeaba melancólica en mi cristal. Mi habitación estaba oscura, la calle nublada. La cabeza me dolía y me daba vueltas, la fiebre se colaba por todos mis miembros.

—Una carta para ti, *bátiushka*, la ha traído el repartidor del correo local —dijo Matriona por encima de mí.

—Una carta, ¿de quién? —exclamé yo saltando de la silla.

—Pues no lo sé, *bátiushka*, mira a ver, a lo mejor lo pone.

Rompí el sobre: ¡era de ella!

«Ay, perdóneme, perdóneme —me escribía Nástenka—, de rodillas se lo suplico, ¡perdóneme! Le mentí a usted, a mí misma. Fue un sueño, una visión… Hoy sufro tanto por usted, ¡perdóneme!…

»No me condene, puesto que yo en nada he cambiado, dije que iba a quererlo y ahora lo quiero, lo quiero mucho más. ¡Dios mío, si pudiera quererlos a los dos al mismo tiempo! ¡Ay, si usted fuera él!».

«¡Ay, si usted fuera él!», me pasó por la cabeza. ¡He recordado tus palabras, Nástenka!

«Dios sabe lo que haría por usted. Sé que para usted es difícil y triste. Le he ofendido, pero bien sabe que, cuando se quiere, la ofensa no dura mucho. ¡Y usted me quiere!

»Se lo agradezco, le agradezco ese amor, porque se ha quedado grabado en mi memoria como ese sueño dulce que se recuerda tiempo después de haberse despertado, porque voy a recordar

siempre ese instante en que usted me abrió fraternalmente su corazón y magnánimo tomó el mío, muerto, como un tesoro al que cuidar, acariciar, curar… Si me perdona, mi recuerdo de usted va a elevarse en un sentimiento de gratitud eterno que nunca se borrará de mi alma… Conservaré ese recuerdo, le seré fiel, no le traicionaré, no traicionaré a mi corazón, es demasiado constante. Ya ayer volvió con prontitud a aquel al que siempre había pertenecido.

»Nos veremos, vendrá a nuestra casa, no vamos a abandonarlo, siempre será mi amigo, mi hermano… Y cuando me vea, me ofrecerá su mano, ¿verdad? Me la ofrecerá, me ha perdonado, ¿verdad? ¿Me quiere como antes?



»Ay, quiérame, no me deje, porque en estos momentos yo lo quiero tanto, porque soy digna de su amor, porque me lo merezco…, mi querido amigo. Me caso con él la semana que viene. Ha regresado enamorado, nunca me olvidó… No se enfade porque escriba sobre él. Quiero ir con él a verlo a usted. Va a quererlo a él también, ¿verdad?

»Perdónenos, recuerde y quiera a su Nástenka».

Releí la carta varias veces, las lágrimas brotaban de mis ojos. Finalmente se me cayó de las manos y me cubrí la cara.

—Oye, mi niño —empezó Matriona.

—¿Qué, vieja?

—Pues que he quitado las telarañas del techo; ahora, pues, puedes casarte, traer invitados, ya va siendo hora…

Miré a Matriona. Era una anciana todavía animosa, *joven*, pero, no sé por qué, de pronto se me presentó con mirada apagada, con arrugas en la cara, encorvada, decrépita… Sin saber por qué también me pareció que mi habitación había envejecido tanto como la anciana. Las paredes y los pisos se habían descolorido, apagado, las telarañas se habían multiplicado. Sin saber por qué, cuando miré por la ventana me pareció que, a su vez, la casa de enfrente también se había vuelto decrépita y apagada, que el estuco de las columnas estaba descascarillado y se había desprendido, que las cornisas se habían ennegrecido y agrietado y que los muros amarillo brillante tenían manchas de otros colores.

Puede que el rayo de sol que, de pronto, había asomado tras un nubarrón se hubiera ocultado bajo una nube de lluvia y, con él, mi mirada volviera a apagarse. O bien puede que ante mí pasara, fría y triste, la perspectiva entera de mi futuro y me viera tal cual soy ahora, exactamente después de quince años, envejecido, en la misma habitación, igual de solo, con la misma Matriona, quien no habrá ganado ni un poco de juicio en todos estos años.

Pero ¿que yo recuerde tu ofensa, Nástenka, que yo arrastre una nube sombría a tu felicidad clara, serena? ¿Que yo, haciéndote reproches amargos, cause pena a tu corazón, lo hiera con remordimientos secretos y le haga latir angustiado en un momento de felicidad? ¿Que yo marchite siquiera una de las delicadas flores que llevabas prendidas a tus rizos oscuros mientras te dirigías con él al altar? ¡Nunca, nunca! ¡Sea claro tu cielo, sea clara y serena tu

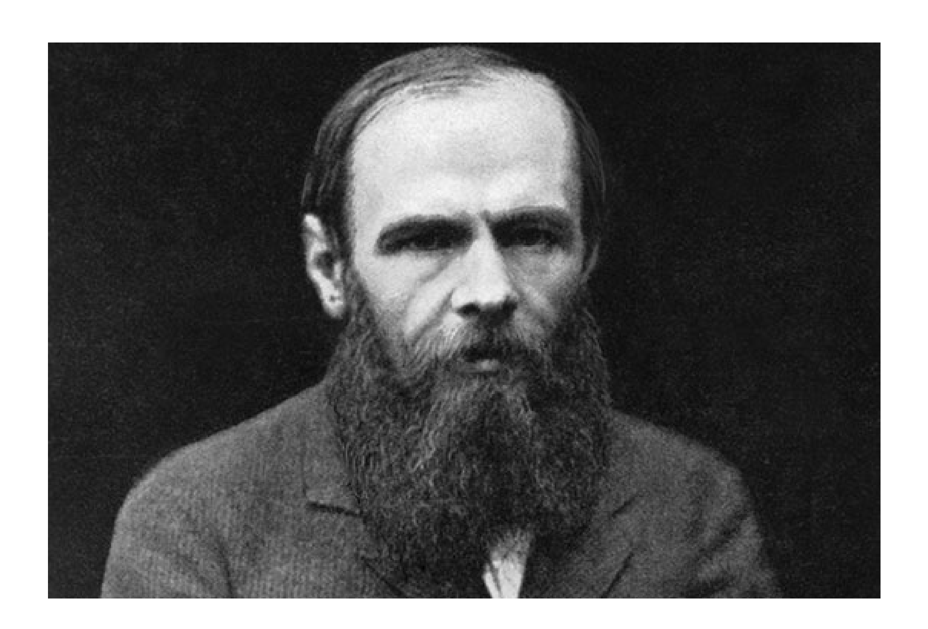
sonrisa querida, seas bienaventurada por ese minuto de felicidad y dicha que le ofreciste a otro corazón, a uno solitario y agradecido!

¡Dios mío! ¡Todo un minuto de felicidad! ¿Acaso es poco para toda una vida humana?



Un joven solitario e introvertido narra cómo conoce de forma accidental a una muchacha durante una «noche blanca», fenómeno que se da en la ciudad rusa durante la época del solsticio de verano y a causa del cual la oscuridad nunca es completa. Tras el primer encuentro, la pareja de desconocidos se citará durante las cuatro noches siguientes, noches en las que la chica, de nombre Nastenka, relatará su triste historia, y en las que harán acto de presencia, de forma sutil y envolvente, las grandes pasiones que mueven al ser humano: el amor, la ilusión, la esperanza, el desamor, el desengaño.





FIÓDOR MIJAILOVICH DOSTOIEVSKI, Moscú, 1821 - San Petersburgo, 1881). Novelista ruso. Educado por su padre, un médico de carácter despótico y brutal, encontró protección y cariño en su madre, que murió prematuramente. Al quedar viudo, el padre se entregó al alcohol, y envió finalmente a su hijo a la Escuela de Ingenieros de San Petersburgo, lo que no impidió que el joven Dostoievski se apasionara por la literatura y empezara a desarrollar sus cualidades de escritor.

A los dieciocho años, la noticia de la muerte de su padre, torturado y asesinado por un grupo de campesinos, estuvo cerca de hacerle perder la razón. Ese acontecimiento lo marcó como una revelación, ya que sintió ese crimen como suyo, por haber llegado a desearlo inconscientemente. Al terminar sus estudios, tenía veinte años; decidió entonces permanecer en San Petersburgo, donde ganó algún dinero realizando traducciones.

La publicación, en 1846, de su novela epistolar *Pobres gentes*, que estaba avalada por el poeta Nekrásov y por el crítico literario Belinski, le valió una fama ruidosa y efímera, ya que sus siguientes obras, escritas entre ese mismo año y 1849, no tuvieron ninguna

repercusión, de modo que su autor cayó en un olvido total.

En 1849 fue condenado a muerte por su colaboración con determinados grupos liberales y revolucionarios. Indultado momentos antes de la hora fijada para su ejecución, estuvo cuatro años en un presidio de Siberia, experiencia que relataría más adelante en *Recuerdos de la casa de los muertos*. Ya en libertad, fue incorporado a un regimiento de tiradores siberianos y contrajo matrimonio con una viuda con pocos recursos, Maria Dmítrievna Isáieva.

Tras largo tiempo en Tver, recibió autorización para regresar a San Petersburgo, donde no encontró a ninguno de sus antiguos amigos, ni eco alguno de su fama. La publicación de *Recuerdos de la casa de los muertos* (1861) le devolvió la celebridad. Para la redacción de su siguiente obra, *Memorias del subsuelo* (1864), también se inspiró en su experiencia siberiana. Soportó la muerte de su mujer y de su hermano como una fatalidad ineludible. En 1866 publicó *El jugador*, y la primera obra de la serie de grandes novelas que lo consagraron definitivamente como uno de los mayores genios de su época, *Crimen y castigo*. La presión de sus acreedores lo llevó a abandonar Rusia y a viajar indefinidamente por Europa junto a su nueva y joven esposa, Ana Grigorievna. Durante uno de esos viajes su esposa dio a luz una niña que moriría pocos días después, lo cual sumió al escritor en un profundo dolor.

A partir de ese momento sucumbió a la tentación del juego y sufrió frecuentes ataques epilépticos. Tras nacer su segundo hijo, estableció un elevado ritmo de trabajo que le permitió publicar obras como *El idiota* (1868) o *Los endemoniados* (1870), que le proporcionaron una gran fama y la posibilidad de volver a su país, en el que fue recibido con entusiasmo. En ese contexto emprendió la redacción de *Diario de un escritor*, obra en la que se erige como guía espiritual de Rusia y reivindica un nacionalismo ruso articulado en torno a la fe ortodoxa y opuesto al decadentismo de Europa occidental, por cuya cultura no dejó, sin embargo, de sentir una profunda admiración.

En 1880 apareció la que el propio escritor consideró su obra maestra, *Los hermanos Karamazov*, que condensa los temas más

característicos de su literatura: agudos análisis psicológicos, la relación del hombre con Dios, la angustia moral del hombre moderno y las aporías de la libertad humana. Máximo representante, según el tópico, de la «novela de ideas», en sus obras aparecen evidentes rasgos de modernidad, sobre todo en el tratamiento del detalle y de lo cotidiano, en el tono vívido y real de los diálogos y en el sentido irónico que apunta en ocasiones junto a la tragedia moral de sus personajes.



NICOLAI TROSHINSKI (Moscú, 1985). Vive en Madrid, donde escribe e ilustra. Completó el ciclo formativo de grado superior de Ilustración en la Escuela de Arte N.º 10 de Madrid, además de cursos intensivos de Ilustración en Sármede (Italia) con Józef Wilkon y Linda Wolfsgruber. Cursó estudios en Dirección de Cine de Animación en la escuela francesa La Poudrière. Es un diseñador gráfico de éxito que ha realizado a su vez cómics y videojuegos.

Notas

[1] Referencia al cuento «El pescador y el genio», de *Las mil y una noches. (Esta nota y las siguientes son de la traductora)*. < <

[2] Referencia al poema «Mi diosa» de Vasili Andréievich Zhukovski (1783-1852),
traducción libre del poema del mismo nombre de Goethe. < <

[3] *Roberto el Diablo*, ópera de Giacomo Meyerbeer con libreto de Eugène Scribe y Casimir Delavigne. <<

[4] Georges-Jacques Danton, uno de los líderes políticos durante la Revolución francesa y protagonista de la obra de Georg Büchner, *La muerte de Danton*. < <

[5] Tema del relato de Aleksandr Pushkin, *Las noches egipcias*. < <

[6] Lugar donde transcurre la acción del poema de Pushkin del mismo nombre. <<

[7] Cita de un poema de Mijaíl Yúrievich Lérmontov, traducción libre de *Libro de las canciones* de Heinrich Heine. < <